

BIBLIOTECA

**Earle Herrera**

# **Sábado que nunca llega**





BIBLIOTECA EARLE HERRERA

SÁBADO QUE NUNCA  
LLEGA



EARLE HERRERA

SÁBADO QUE NUNCA  
LLEGA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1981  
2.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

*Sábado que nunca llega*

© Earle Herrera

DISEÑO DE PORTADA:

Javier Véliz

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2020.  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,  
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.  
Teléfono: (58 212) 485.04.44  
[www.monteavilaeditores.gob.ve](http://www.monteavilaeditores.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: N° DC2020001023

ISBN: 978-980-01-2117-7

*Todo creador de literatura arranca de una situación concreta en la que interactúan en formas y proporciones muy variadas su personalidad (ya de por sí producto de una interacción especial) y el complejo medio en el que vive. Si la personalidad del escritor es un «factor» infinitamente variable, el medio mismo presenta un número relativamente limitado de facetas. De ahí viene que en literatura se pueda hablar de una «experiencia» rioplatense, norteamericana, francesa, venezolana, o cualquiera sea su ubicación geográfica y cronológica. Este hecho de la experiencia compartida también permite descubrir, dentro de una determinada realidad literaria global, distintas tendencias o patrones de invención. Las vivencias compartidas son, pues, las que dan lugar a las categorías que percibe el análisis literario.*

*En los últimos tiempos, los escritores venezolanos (los de las generaciones más jóvenes, principalmente) pendulean por su estilo y sus temas entre dos constantes. En un extremo se encuentra una suerte de esteticismo y formalismo literarios cuyos rasgos más resaltantes son: la valoración del lenguaje, la experimentación con los géneros tradicionales, y la preocupación por los problemas personales (tanto psicológicos como éticos) y filosóficos (la representación literaria, por ejemplo, del concepto existencialista del tiempo). En el otro extremo se ubica la literatura «testimonial», es decir, aquella que pretende ser un*

*trasunto crudo de la realidad. El objetivo en este caso es, casi obligadamente, la denuncia de una condición colectiva.*

*(Entiéndase bien que este somero planteamiento no es propiamente un intento de abrir casillas para atapuzarlas con nombres de escritores, sino un esbozo de codificación sin peor propósito que el de ofrecer claves y medios de rastreo. Más aún, se puede afirmar que muy pocos escritores venezolanos están en uno u otro de los extremos aludidos, pues antes bien, se ubican en los espacios que los separan, y es frecuente que un solo autor se desplace plácidamente de una tendencia a la otra sin sacrificar lo fundamental de su estilo).*

*Si el formalismo en literatura presenta los escollos de la afectación y el elitismo distanciadador, el afán por denunciar puede traducirse en un burdo cri de coeur, un informe aullido de indignación con muy poco o nada de lo que se llama literario en el mejor sentido del término. Con los cuentos en este libro, el escritor y periodista Earle Herrera demuestra cómo el talento se puede aunar con la lucidez para evitar la afectación y la crudeza, dos grandes achaques que minan tantas y tan prometedoras empresas de creación literaria.*

*Entre el esteticismo y el testimonio, Herrera se inclina por el segundo, o sea, se define en cuanto escritor como testigo de una sociedad en un tiempo determinado, y cumple su propósito con la habilidad de un diestro artesano. En sus relatos no se escuchan los desplantes estruendosos de una conciencia que pretende hacer gala de su pureza principista ofendida por el espectáculo diario de la vileza y la iniquidad. Efectivamente, no es la voz atormentada de un autor lo que percibimos en estos cuentos, ni hay en ellos un voleamiento indiscriminado de reacciones y sentimientos; en cambio, sí sentimos la humanidad de los personajes y asentimos en la ceñida veracidad de las situaciones y los ambientes descritos. En esta sustracción*

*deliberada del escritor de su propia obra, se descubre el afán creativo que lidia con el idioma para darle forma a vivencias e ideas, y no como objeto de sí mismo, o lo que viene siendo casi la misma cosa, como medio obsesivo de autoanálisis.*

*Herrera es un escritor joven que no acepta ni predica los sobajeados mitos de la juventud. En sus cuentos no hay sentimentalismos jipatos ni alardes exagerados de abnegación. Figura, en cambio, el joven de carne y hueso metido en una realidad banal, acosado por sensaciones indescifrables, inquietantes comezones sensuales, sentimientos ambiguos, y la presencia obligante de la memoria y de la facultad de pensar. Los protagonistas de estos pequeños y grandes dramas cotidianos que nos ofrece Earle Herrera, configuran, en su conjunto, al hombre común universal representado en su avatar juvenil. A través de ellos se capta el ajetreo de una inteligencia buida y madura urdiendo contenido y forma. Es esa misma inteligencia la que, al derrumbar engañosas e ilusiones, encuentra en el humor irónico un broquel contra las asechanzas que vienen desde afuera o que nacen en el centro mismo de la conciencia psicológica. Lo más grande y lo más trágico del hombre es que piensa (el «ergo sum» no pasa de ser un viejo acertijo de la historia de la filosofía); y el pensamiento más acertado bien pudiera ser el que le enseña al ser humano que, con toda su trágica grandeza, no debe tomarse a sí mismo demasiado en serio. Earle Herrera sabe burlarse de la vida; su burla tiene la intensa discreción de las cosas que existen porque tienen que existir.*

*No sería justo concluir esta introducción sin mencionar que Herrera dista mucho de ser un escritor que se escuda en la ironía y la lucidez para rehuir compromisos. La angustia social (y política) se palpa en muchos de estos cuentos. Pero esa angustia va acompañada de una reflexión serena y segura*

*en sus conceptos. Raras veces se logra incorporar con tanta naturalidad a la fibra de una obra de ficción una idea abstracta como la que cobra densidad y cuerpo en el relato «La rebelión de las llaves». Lo que no se puede achacar de ninguna manera a su autor es que sea un voceador de consignas, o que trate de embocarle al lector con torpe ingenuidad su propia concepción de la política; y en la misma medida en que permite que sean sus narraciones las que revelen su sentido, este se hace más horadante y persuasivo.*

*Nos parece enteramente superfluo aludir a cada uno de los cuentos que recoge este libro. Ahí están para que el lector los vaya descubriendo con deleite, y con ellos a un escritor que merece un puesto holgado en la primera fila de la narrativa contemporánea venezolana.*

CARLOS RAMÍREZ FARÍA

*Para:*  
*Asalia, las dos Janitza, Argimiro y Simón, siempre*

*A:*  
*Haydeé, Pedrito, Antonio Miguel, Ángel Rafael,*  
*Nórgida Guadalupe, Rubén Darío y Carlos Enrique,*  
*mis hermanos*



LA REBELIÓN  
DE LAS LLAVES



Se lo quedó mirando con su ojo áspero de tornillo oxidado. Era un ojo herrumbroso, inexpresivo y fijo, como de ciego vendedor de cuadros sellados.«Otra vez me está viendo despectiva», pensó, saboreando algo agrio debajo de la lengua. No recuerda desde qué tiempo la llave inglesa, cada vez que la toma para hacer algo, se lo queda mirando con una mirada seca, de ser mecánico de un extraño mundo imprecisable, o de ojo mágico que te mira fijamente desde el centro de la puerta con su retina de vidrio biconvexo. La boca con que la llave muerde, rabiosa, los tornillos y las tuercas y hasta sus uñas cuando las deja en alguna parte al descuido, se le antoja la de un saurio disecado y moldeado en hierro colado; la boca casi siempre abierta en una risa detenida de susto alevoso y premeditado.

De un tiempo para acá, el taller se le ha venido poblando de fantasmas concretos que toman formas de llave ajustable, de tornillo, de tuerca, de gato hidráulico, de destornillador, de alicate, de bujía, de dado, de taladro o de cepillo de alambre. Para cualquier lado que lanza la vista se topa con unos ojos metálicos que lo observan fijamente, a veces con burla, a veces con desprecio, a veces con la mirada con que se mira a las especies inferiores, siempre fijamente, cualquiera sea el estado de ánimo del a veces. Y cuando no es con unos ojos, choca entonces con dientes ferrosos arremillados, muñones

que semejan brazos amputados, tuercas hexagonales como labios que emiten un silbido largo y sostenido que se le clava perversamente en los tímpanos, tornillos sarcásticos que recuerdan el miembro suigéneris del cochino, más ojos, pinzas de alicates que son escorpiones color plomo, estrellas niqueladas del mar, vértebras cobrizas, pelos de acero, intestinos de cauchos good year, bolas de goma sintética y tuerquitas increíblemente diminutas que parecen las espinillas del taller y se las encuentra por todas partes. Todo, todo ha ido tomando una dimensión biológica que cada día se hace más evidente y aterradora, a tal extremo que la otra vez vio una llave de tubo saltar e intentar estrangularlo, mientras el zoo metálico se llenaba de risas aceradas y alámbricas que se le metían por todo el cuerpo, convertido de repente en una caja de resonancia de bronce pulido.

Santiago no le hallaba explicación lógica, normal o natural a nada de eso y Beatriz le aconsejó que se mandara a santiguar pero qué va, ese no era un problema de santiguadera, ni de exorcismo, ni de ninguna otra disciplina esotérica; era tal vez un caso de parasicología o de sicología pelada, pero a pesar de las consultas que hizo a especialistas de esas ramas, siguió sucediéndole lo mismo (el metal lo acosaba), las llaves lo acorralaban. Su oficio de médico de carros lo ponía en contacto con todo tipo de automotores: infantes, jóvenes, adultos y viejos. Para él, un carro era como un ser humano sin cerebro al cual estaba en obligación de atender como mecánico que era. Lo de mecánico le venía de su tátara, de su vice, de su abuelo, de su padre, en fin, de todos los varones de su familia porque la suya era una estirpe de mecánicos casi desde la invención de la rueda y el descubrimiento de la palanca.

Aunque en honor a la verdad, a Santiago nunca le había agradado nada su profesión, pero no sabía hacer otra cosa y qué iba a hacer entonces sino resignarse. Nació en un cuarto que por el sur limitaba con el pequeño, destartalado y por los siglos igual taller que fue de su padre, de su abuelo, de su vice, de su tátara y así hasta la génesis más remota de su generación metetuerca, y que él vendió en uno de esos momentos en que los mandatos de la vida real imperan sobre los caprichos memoriales de los muertos. «Lo siento», fue lo único que dijo cuando decidió vender el tallercito, en contra del deseo de familiares cercanos y lejanos que pretendían conservarlo hasta el fin inubicable de los días.

El primer ruido que violó su infancia fue el chirriar de una tuerca que no quería acoplarse a un perno aislado, pero que al fin cedió ante las reiteradas maldiciones de su padre. Desde entonces le quedó una dentera eterna y el conocimiento traumático de que la mecánica funciona a golpes de martillo, teniendo las uñas como yunque y palanqueada con maldiciones y groserías gritadas con todas las ganas del mundo y con todas las fuerzas del alma. Tuerca que no quiere entrar: ¡Maldita-tuerca-del-infierno! y ya. Igual para los tornillos, pernos, taponeras, sellos, clavos, barras y todo lo que en un taller es susceptible de ser metido o sacado.

Santiago comprendió —y la experiencia se lo gritaba a cada rato— que un taller es un sistema que gira alrededor de un sol incandescente de violencias física y verbal, que se aceptan y se rechazan en una suerte de comunión dialéctica. Esa experiencia auditiva de la tuerca acoplándose al perno aislado —la primera en su vida— y el olor a aceite quemado y a grasa de rolinera que desde recién nacido le besa la nariz,

junto con todos los altibajos de su adolescencia diluida en motores de ciento veinte, ciento treinta, ciento cuarenta HP, más la metamorfosis metalbiológica que desde hace algún tiempo penetró en el taller trastrocándolo todo, es lo que ha puesto al cerebro de Santiago a funcionar como un carburador descompuesto que no purifica las ideas contaminadas (o polutas) de extrañas reminiscencias puntiagudas y de visiones concretas que no son visiones, pues lo del estrangulamiento del otro día no tuvo nada de visión espectral.

Fue precisamente después de ese incidente con la llave de tubo de inclinaciones homicidas, que Santiago pensó si toda la vida se la iba a pasar de mecánico. Sabía que a Beatriz no le gustaba el olor a mobiloil multigrado que no dejaba de salirle de las axilas, de los poros, del alma por más que se estregaba y restregaba, primero con ace y después con palmolive: era maldad. Ella seguramente preferiría un hombre que oliera a hombre pero no a diesel, de manos masculinas pero no callosas y envuelto en lavanda y vetiver. Pero no eran los gustos de Beatriz lo que le preocupaba a fin de cuentas: era él mismo, su yo. ¿Qué era él? Nacer en un charco de estopas y grasas y morir en charco de estopas y grasas no era vivir la vida, sino más bien (o peor) llevar la tosca existencia de un cochino metálico.

Justamente, un cochino metálico y no otra cosa era él, pues al vender el taller de sus antepasados y encontrarse con que no sabía hacer nada, excepto sacar y meter, aflojar y apretar, armar y desarmar, tuercas, tornillos y carros, respectivamente, hubo de buscar trabajo en otra casa metálica, la de un español que en un autohomenaje propio del narcisismo más gallego, le arremachó su nombre de pila al taller:

RAMÓN TALLER,  
ATENDIDO POR SU PROPIO DUEÑO

que era mentira porque lo único que atendía el tal Ramón era la caja de los reales, mientras a él le tocaba todo el trabajo, desde la instalación de un silvín hasta sacar un cigüeñal y todos los días era un solo trajín de Santiago para allá, Santiago para acá, rodeado de tuercas y llaves por todas partes como una isla siderúrgica. Que un carro se recalienta: sí, debe ser el tiempo o el radiador, sabe, un carro recalentado es como una persona con fiebre, hay que darle reposo, que se enfríe y esos dueños que quieren a esos carros como si los hubieran parido. Que un carro con la batería descargada: el corazón parado, nada funciona, allí Santiago siempre Santiago se vuelve un Christian Barnard, transplante con él. Que un carro sin luz: hay que ver qué nervio óptico se le soltó. Que un carro con la caja de velocidades trancada: como si tuviera artritis o reumatismo, como si los huesos se le engarruñaran y anduviera forzado o no anduviese nada, eso pasa por descuidar el aceite de la caja, igualito que si el reumático olvidara las fricciones o el resfriado el Vick VapoRub. Que un carro pasando aceite: uyyyy carajo, eso es —a mí una vez me dio— diarrea, hay que hacerle un lavado, hay que purgarlo, hay que ajustarle los anillos intestinales.

Que, que. . . que Beatriz llega al RAMÓN TALLER, ATENDIDO. . . con el más pequeño enfermo, que corre para allá, que corre para acá, que Ramón no está en el taller, que cómo consigo un préstamo, que quién me atiende al muchacho, que qué joder y joder esta vida mecánica de mecánico: Santiago tuerca tornillo clavo. Esta vida como clavada en una llave de cruz: Santiago supertornillo.

El lunes —todos los lunes eran iguales— tan enratonado como cualquier borrachín del Parque Carabobo, Santiago se llegó al RAMÓN TALLER, ATEN...y lo encontró convertido en universo. «Viéndolo bien esta vaina es un cosmos», pensó en voz alta o se oyó decir o se dijo a sí. «Un planeta: Mercurio, Venus, Neptuno» En el centro del taller había dos enormes huecos de uno por tres y medio cada uno, que representaban el vacío, el cosmos o la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo y un solo Dios verdadero, igualito que un aceite para máquina de coser que mientan tres en uno o 3-en-1. Santiago era el sol y alrededor suyo giraban los planetas, satélites y meteoros: chevrolet, ford, chrysler, volkswagen, renault, fiat, motores, tuercas, tornillos, espinillas, tripas, vértebras, saurios y ojos. Todo definitivamente espacial, cósmico.

Desde una caja de hierro un gato encrespado lo miraba esperando una caricia; un gato negro y silencioso de nombre Made in Germany (en todas partes acarician gatos); un gato incapaz de cazar al más infeliz ratón, pero con fuerza para levantar un carro de diez toneladas y pico; un gato cojonudo, sí, pero un gato al que él odiaba entrañablemente.

Un estante del alto del taller recogía en trece compartimientos piezas caducas que serían renovadas con papel de lija y rescatadas, mediante ese procedimiento, de morir ahogadas y arrumbadas en los océanos metalmecánicos de las chiveras, entre los mordiscos de fósiles de mercedes benz degenerados y los colmillos de tiburones de hierro retorcido. Por debajo de sus pies corría parsimonioso, un río viscoso de aceite multigrado, brillante como el anillo de un monseñor, resbaladizo como la vida de cualquier Santiago; un río que se le pegaba de las botas y le lamía la

planta de los pies por un elemental principio de ósmosis, mil veces tergiversado en el tercero de bachillerato.

Detrás del excusado estaba el cementerio, un pequeño cementerio de repuestos inservibles que por lo tanto no eran repuestos sino restos de repuestos descansando en su panteón atmosférico, soportando estoicamente los mordiscos del óxido, sirviendo de escondrijo de algarrobos y tuqueques que vivían en una permanente afirmación de cabeza y dando el miedo que dan los cementerios siderúrgicos.

«¿Qué lugar ocuparé yo aquí, en esta morgue infernal?», reflexionaba Santiago con admirable fatalismo, cada vez que orinaba sobre el camposanto de tuercas desechadas y no podía evitar que un brusco estremecimiento le cerrara la inspiración urinaria y le trajera recuerdos de algunas épocas de la infancia en que también orinaba. A la entrada del RAMÓN TALLER, ATEN. . . estaba plantado un limonero estéril, bajo cuya sombra, agria y mezquina, vegetaba desde tiempos inmemoriales un soberbio perro peludo que jamás había cruzado con Santiago el menor tipo de trato. El perro se llamaba Reloj porque cada cuarto de hora, exactamente, soltaba tres aullidos, tan precisos que cuando el reloj campanario de la catedral enmudeció, la gente se guiaba por los aullidos de Reloj: perro peludo y pretensioso que no trataba a Santiago; pretensioso sin pelo que no trataba a Reloj. «Este taller es un sistema de mierda», se quejó entonces Santiago, «un sistema de mierda hasta que este sol que soy yo mismo se eclipse para siempre».

Allí notó que de nuevo lo miraba de reojo por la ranura de su ojo tornillo y una gran aprensión empezó a desarmarle el alma en decenas de piecitas espirituales e

insufribles. Se sintió Noé ante la inminencia del diluvio y se vio atravesar vertiginosamente un tempoducto largo y circular hasta una época remotísima, en la que a él tocaba seleccionar las familias de llaves tuercas y tornillos que serían salvadas del desastre metaluniversal. Pero con igual prontitud desanduvo el camino y salió disparado hacia un futuro donde las esperanzas tomaban contornos concretos y nada en absoluto era mecánico, ni tan siquiera la burocracia. Allí él ocupaba un modesto cargo cuya primera obligación era sonreír sincera y permanentemente. De súbito —infeliz zarandeado miserablemente en el tiempo y en el espacio—, iba de un extremo a otro, de lo remoto a lo por venir a través del tempoducto, como un péndulo descontrolado y maldito, hasta que por fin paró y vio el ojo clavado en su ojo, llave ajustable odiosa y de mal agüero que quería gritarle, anunciarle algún desastre próximo que fatalmente iba a suceder en el taller.

Recordó, al presentir el peligro, que en el último desastre, acontecido hace como tres años, en un verano terco que hacía sudar al hierro, perdió tres dedos de la mano izquierda y el resto de ánimo profesional que le quedaba. En aquel entonces se convenció de que la movilidad vertical estaba vedada para muchos —para él entre los primeros— y que la Gran Máquina Social funcionaba mal porque tenía los engranajes fundamentales oxidados; de allí tantos estruendos protestatarios que se dejaban escuchar de cuando en cuando como formidables golpes de bielas.

Otra vez era verano y otra vez la llave lo miraba de reojo, herrumbrosa y con una especie de odio estupendo. Era un verano obstinado, el hierro sudaba copiosamente y todos los cuerpos se dilataban como si quisieran huir

de sí mismos, autofugarse. Santiago volvía a presentir el desenlace y se dijo: «Por pendejo de pura herencia», en una protestada resignación a su sino. Para sus ojos de mecánico innato no pasó desapercibido el lento movimiento de las tuercas más pequeñas. Por las incontables ventanas del estante mayor empezaron a asomar, curiosas, cabezas de llaves que estrenaban un óxido reciente. El ambiente tenía algo de apocalíptico que atraía a Santiago con la fuerza de los enigmas; en la boca tenía un sabor a cobre del que no se podía desprender por más saliva que tragaba.

¿Qué extraña mutación, que diabólica metamorfosis iba a ocurrirle al taller-cosmos y a sí mismo? Sucederían cambios materiales y somáticos o las transformaciones se darían únicamente a nivel psíquico y de conciencia como la última vez? De lo alto de una alacena cayó a sus pies una llave en forma de equis, como vaga respuesta a sus interrogaciones: podían suceder muchas cosas, equis cosas. La caída de esa primera llave fue como el desprendimiento de la primera bola de nieve que rompe la quietud de la montaña blanca y desata el alud imprevisible. Santiago no pudo seguir pensando, no estaba en capacidad de pensar ni el pensamiento más pequeño y menos exigente de esfuerzo mental. Las fuerzas organizadas del caos entraron en armónica función para que cundiera el desorden y el descontrol, la anarquía en el

RAMÓN TALLER,  
ATENDIDO POR SU PROPIO  
DUEÑO

y las llaves y tuercas y tornillos y estantes se venían abajo, cayendo sobre Santiago que pataleaba abajo y daba

manotazos absurdos siempre abajo. Era una verdadera estampida de llaves rebeldes, resentidas y rabiosas que arrasaban todo a su paso. ¿Dónde estaría ahorita el maldito dueño de este maldito taller?

Todo pesaba más sobre el cuerpo maltrecho de Santiago porque todo había crecido por efecto de la dilatación provocada por el calor ensañado y perverso. Llaves miserables se agigantaban como globos, no llenos de aire sino de metal puro y se le hundían en la carne. Él nunca sospechó que iba a terminar su mecánica vida convertido en un vulgar contuso. De todos los rincones, de los lugares más olvidados salían piezas metálicas disparadas, comandadas por las llaves, que se iban a estrellar contra su cuerpo como si se tratara de un enorme imán que las halara con desesperada fuerza. En breve tiempo el taller se volvió tormentoso escenario donde las llaves ejecutaban un ballet negro y de muerte. A Santiago, de súbito, le fue impuesta la noche y luego fue la bonanza que sigue a la tormenta. Al atardecer, la más pesada tranquilidad abrazaba al RAMÓN... y todo había vuelto a su sitio. Puntos de sangre nadaban torpemente sobre el río de aceite derramado.

(...) En medio de una blancura que jamás había disfrutado, despertó un viernes con una pierna enyesada guindando del techo, una careta de adhesivo que ocultaba el desconcierto de su rostro y una vena plástica que le salía del antebrazo y subía hasta donde estaba un frasco lleno de sangre. Una enfermera le limpiaba la caja torácica y por primera vez percibía un olor superior al de aceite quemado: un olor a alcohol, a formol, a hospital, a sangre. «Carajo —recordó entonces—, el universo me cayó encima». Ramón lo observaba con cierto reproche y le

dijo que, afortunadamente, no había pasado mayor cosa, un simple accidente, nada grave y que tan pronto estuviera bien podía volver al taller.

—¿Quééééééééé? —creyó él que gritó pero solo fue un balbuceo, un grotesco movimiento de labios—. No jodas, España.

No, Santiago no pensaba volver al mundo de los hierros, de los ojos terribles, de la conspiración silenciosa y de la hediondez a oxidación y a grasa y a estopas chamuscadas. No pensaba volver al alcance de las dentelladas de la llave inglesa, a las burlas de las tuercas y a las punzadas intercaladas de los tornillos. No quería volver a esa vida mecánicamente predestinada, al mundo sudoroso del hierro subvertido. Pero él no sabía hacer más nada y la sola idea de verse de nuevo entre las llaves y sus congéneres empezó a matarlo poco a poco, órgano por órgano, pieza por pieza.

Ramón y la enfermera lo miraron sorprendidos. Se empezó a poner horriblemente morado, como si se oxidara de repente y sin embargo sonreía con una expresión de gran satisfacción. Un estertor metálico y profundo fue su última manifestación de inconforme existencia. La acción de las llaves rebeladas fue definitiva. Los ojos, fijos, grises como de acero, le quedaron semiabiertos, con una mirada triste de carro descompuesto.



CAREGATO



¡Cómo no iba a impresionarse! ¡Cómo no iban a impresionarlo los trece hipopótamos de acero que comenzaban a moverse parsimoniosos y hambrientos, llenos de horribles ruidos los vientres estrambóticos! Caregato los miraba con los ojos de este tamaño desde el chaparro en que estaba encaramado, el corazón en la garganta y sin saber qué se le habían hecho los granos. En ese momento recordaba que su padrino le había dicho más de una vez: «Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato», y las piernas increíblemente flacas con su temblor hacían que las hojas del chaparro emitieran un ruido de cepillo de hierro que daba escalofrío. Cuando los trece bichos empezaron sus tronidos creyó que era fin del mundo y todos sus catorce años se arrepintieron de haberse quedado allí. No había querido perderse ese espectáculo y ahora sentía unas ganas enormes de estar lejísimos. «Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato». Y Caregato sentía que una bola gelatinosa le subía desde algún oscuro rincón de las tripas hasta la misma garganta. ¿No será esa bola lo que está pensando Caregato? ¿No serán los granos que desde hace un rato no se los siente por ninguna parte? ¿No....?

En medio de su miedo se resistía a aceptar que al atardecer de La Leona no quedaría sino un montón de escombros tristes polvorosos y Caregato no vería su casa por ningún lado. Las casas vueltas tierra, las ventanas

quebradas, la vieja nevera retorcida, la mitad de un plato de peltre aquí y allá un pedazo de loza seguramente de la poceta, todo vuelto triza-pocilga-ruina en medio de la ancha solitaria sabana serían una apocalíptica visión que nunca jamás se le borraría de la mente a Caregato, un tatuaje indeleble en su memoria que se le avivaría aquella tarde que se puso a leer la Biblia y tropezó con la parábola de que «no quedará piedra sobre piedra».

A decir verdad, Caregato no recordaba el día exacto que lo llevaron a La Leona y si sabía que tenía catorce años era porque se lo habían dicho. Pese a que la maestra lo llamaba Taparita, había aprendido más o menos a leer, aunque no entendía los suplementos que botaban los musíus en el quemador porque estaban en inglés y decía cuando los hojeaba: «Ahora es que me falta, no juegue», y se esforzaba Caregato por entender una sola palabra y deletreaba y nada y con un raro sentimiento que no sabía qué era regresaba a su casa cabizbajo, con pena y nostalgia y se acostaba a dormir hasta las cinco y media de la mañana cuando sonaba la sirena de la Mene Grande cortando de un tajo su sueño.

Los primeros días que fueron tan difíciles eran unos vagos recuerdos. Tendría cinco años Caregato cuando su mamá lo entregó a sus padrinos porque su padre había muerto mordido por una cascabel y ella no tendría para educar a ese muchacho. «Aquí se lo dejo, compadre, —según sus recuerdos habría dicho su madre antes de irse—, para que lo haga un hombre de bien jecho y derecho». ¿Caregato derecho con esas patas cambás, ese pelo enmarañado y duro, esa barriga que le crecía para adentro, esas costillas que ya se le salían del cuerpo, esas manos huesudas que le terminan en esas uñas mugrientas,

esos cerotes en el pescuezo y esos ojazos grandotes y verdes que parecían encajados a juro en esa su carita de negrito faramallero y por los que todo el mundo lo llama Caregato? ¿Caregato jecho, allí recostado contra la puerta de la casa de su padrino, llorando a llanto partido al ver la figura enclenque de su madre perderse, al final de la única calle de La Leona, tragada como una tarde reacia del verano por la ancha sabana de la Mesa de Guanipa que no tiene fin?

—¡Cómo no, mi comai, yo le haré de Caregato un hombre jecho y derecho, sí señó! —habría dicho su padrino y nunca unas palabras le parecieron tan odiosas.

Primero no se movía para ningún sitio. Si su padrino al partir para el trabajo lo dejaba en la sala, allí lo encontraba a su regreso; si lo dejaba en la cocina, en la cocina; si en el patio, en el patio. Pero después empezó a andar detrás de «Como-tú», el perrito que se cagaba por todas partes para darle trabajo a Caregato, y un día caminó toda la calle de La Leona detrás de «Como-tú» y su padrino sonrió al verlo de regreso. El mismo Caregato no se dio cuenta cuando se acostumbró a todo y le perdió la pena a la nevera, a los muebles, al radio, a todas las cosas y entonces se pasaba horas y horas acariciándolas suavemente con sus manos tímidas por temor a romperlas y a echarlas a perder. Y a las cinco y media de la mañana, cuando la sirena de la Mene Grande interrumpía el canto de los gallos, se paraba de un salto, corría hasta la ventana de su cuarto y se quedaba mirando a los obreros sucios de petróleo, con cascos y botas de puntas durísimas, hasta que el último se metía en el camión que arrancaba para los taladros, un lugar del que había oído hablar mucho a su padrino y que quedaría muy lejos. Pensaba que cuando fuera grande también iría a los

taladros con su ropa sucia, su casco y sus botas, luego de tomar el café negro y amargo y encender un cigarro como los del padrino. Pero qué iba a saber Caregato, tan siquiera imaginar, lo que era la vida en los taladros, en medio del sol inclemente de la Mesa de Guanipa y la sed como una garrapata pegada en la garganta todo el día. Abajo: el barro de petróleo y tierra calientes. Y arriba: en la torre: los hombres empequeñecidos, como de juguete, pendiendo de un hilo, de un pelo y del coraje —de los güevos, decía siempre el padrino—. Mediodía en los taladros: sol, sabana, taladro y brega... ¡Ah, y gringo! El gringo que rompe el silencio con su vozarrón y mira todo como si todo fuera suyo y es tan extraño como el taladro mismo. El mismo gringo que Caregato ve todos los viernes en el comisariato. ¡Pero qué iba a saber Caregato de taladros y de sudor y de gringos!

Al principio no lo creyó, dicho mejor, no lo quería creer; la primera vez que oyó a su padrino decir: «un día de estos nos iremos de aquí», no lo quería creer y le dio fiebre de no quererlo creer. Caregato no imaginaba a Caregato en otra parte sino en La Leona. Te jodes, Caregato, pensaba cuando iba pateando un perolito camino al quemador, si nos vamos de aquí, si padrino se va de aquí, te jodes. ¿Dónde más vas a estar mejor? Esto de ir al desperdicio es requetebueno. ¿Te acuerdas la primera vez que te la hiciste frente a aquel muchacho grande llamado Eleuto que te enseñó? Ahora todas las tardes te vas al quemador a hacerte nada más que puro la paja, Caregato, y más que aprendiste a montar las burras que se ponen mansitas y te esperan en el quemador, a la sombra del mismo chaparro. ¿Te acuerdas la tarde que peleaste con Eleuto porque te

dijo Garabato-Caregato-Culoetrapo y cuando ya casi te jode le metiste el vidrio?

Después te fuiste a leer los suplementos de los americanos, bueno, a leerlos no, pero sí a hojearlos. Y pasabas largos ratos sobre las matas dándote y dándote en esas espinillas que te han comenzado a salir por toda la cara de gato que te gastas. ¿Irte de La Leona? ¿Irme? ¡Qué vaina, Caregato!, es como para no creerlo. Tú que pensabas ir algún día a buscar a tu mamá y traerla del conuco a vivir en La Leona y también al vecino para que no sigan viviendo en esas casuchas de penca de moriche donde se esconde la ratonera que aunque no muerde es una culebra que da miedo. Tú que pensabas eso muy callado, que te lo tenías bien de guardado y ahora viene padrino y que nos vamos, que te dice que está por acabarse el trabajo en los taladros y se tendrán que mudar para El Tigre. ¿Cómo será El Tigre, tendrá una sola calle como La Leona? ¿Y qué irán a hacer con La Leona, con ese montón de casas grandes y de bloques? Nunca vas a entender nada, Caregato, como nunca pudiste leer ni una línea de los suplementos de los musiús: Taparita, Caregato, nada más que sirves para vagabundear por todas partes y ni siquiera sabes por qué te dicen Caregato. ¿Ya seré un hombre jecho y derecho? ¿Podré trabajar en los taladros? ¿Me podré quedar en La Leona? ¿Este...?

Ni La Leona, ni el viento que sopla hace años sobre el campamento, ni la sabana sin fin de la Mesa de Guanipa, ni el sol que hace crepitar la paja y ronronear a los cigarrones azules y brillantes, ni la intensa soledad que se le mete por los poros a Caregato, responden a alguna de sus preguntas. La Leona es un campo de la compañía del petróleo,

con una sola calle como de ciento y pico de metros, un pueblo prefabricado que enclavaron un día cualquiera en medio de la Mesa de Guanipa, donde la vida pasa con una cronométrica rutina que sólo no aburre a Caregato. Caregato ha enterrado sus raíces en La Leona como un palo de yuca y capaz es de secarse si lo arrancan de su medio.

Ahora está allí verde de miedo, encaramado sobre el chaparro que silba con el viento y cruje de cuando en cuando amenazando delatarlo. Dentro de poco el sol calentará inclemente como siempre la sabana sin fin, se escucharán ruidos lejanos de carros, zumbidos de mosquitos, timbres de grillos y darán unas ganas enormes de dormir, el mismo sueño que daba cuando iba para el quemador pateando perolitos. A estas horas ya se habrán dado cuenta que no está en casa, la casa nueva que compró el padrino en la Quinta Carrera Norte de El Tigre con el bojote de reales que le dieron. Y qué importa eso, nada le importa que noten su ausencia y guarda miedoso la china con la que pensaba impedir que destruyeran La Leona y jura que si fuera un hombre jecho y derecho no dejaría tumbar las casas. En ese instante termina de jurar y un espectáculo extraño son para sus ojos los lentos movimientos con que los operadores van subiendo a las máquinas, animales enormes que parecen mansitos así como están. «Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato». La Leona está allí, indiferente de manera inexplicable para él, como si no supiera que dentro de un rato van a demoler todas sus casas. Decenas de ideas desesperadas se agolpan en su cerebro como luces intermitentes: si esos bichos no prendieran. Si los hombres esos murieran toditos de repente. Si padrino llegara ahorita, concho, y les dijera que

no tumben las casas. Si empezara a llover con truenos y relámpagos y no acabara nunca. Si yo fuera ya un hombre jecho y derecho. Si... Si...

Caregato se muerde los labios, aprieta los puños y una gran desesperanza le recorre todo el cuerpo, le tiembla en la barbilla y le causa unas ganas de llorar que reprime para demostrarse que es un hombre hecho y derecho. Así, apretando los dientes, logra un asombroso dominio de sí mismo que se le deshace apenas los tractores empiezan a tronar ensordecedores, con un ruido que se le antoja infernal a Caregato cuando, ambos índices taponeándole los oídos, lo sigue escuchando con los tímpanos de la angustia.

Caregato baja del chaparro y sonámbulo camina hacia el montón de tierra, palos, losas, puertas, ladrillos, ¿casas? Todo vuelto trizas-pocilga-ruina. Siente que La Leona fue un pueblo en el que vivió hace tantísimo tiempo. Siente lo mismo que sintió aquella vez que vio a su madre perderse como un puntito oscuro en la inmensidad de la sabana, que la vio desaparecer por la única calle de La Leona, cada vez más pequeña, un puntico en lontananza y de golpe, así, zuás, se perdió para siempre de su vista. Como sonámbulo va recogiendo y botando pedazos de destrozos de aquí y de allá. Lejos están los tractores del silencio que guarda la sabana ante el dolor de Caregato que no aguanta más y estalla en llanto y de cuando en vez se interrumpe y rezonga: ¡Coño, los musiús, los musiús, no jó!

Y Caregato, quien algún día será un hombre jecho y derecho, sentado como sea sobre las ruinas de lo que fue La Leona, lleno de llanto y soledad y de sueños, forma un cuadro extraño en medio del atardecer de la Mesa de Guanipa que le bebe su sombra alargada y grotesca.



# LA MUERTE DEL TIEMPO



Primero lo concebí como una idea utópica y vaga, un arrebatado de la ansiedad de los últimos días o un pensamiento loco. Después se me volvió una obsesión martirizante que tenía que llevar a cabo ineludiblemente, a costa y a pesar de lo que fuera. Finalmente me convencí que era posible despescuezar al Tiempo, tomarlo entre estas mis manos y someterlo a una lenta cuan justificada extinción hasta la nada, reducirlo al no ser que fue antes del principio universal o de su propia génesis, detenerlo y hacerlo consumirse en sí mismo. Uno es un empleado cualquiera de una oficina cualquiera situada en cualquier extremo de la ciudad: tiene una esposa, dos hijos pequeños y un apartamento alquilado en un sector jalonado con igual fuerza por las clases media y baja.

Desde un tiempo para acá ando buscando al Tiempo y estoy por encontrarlo. Uno lee el periódico en el autobús cuando consigue asiento, toma el marroncito en la barra de la fuente de soda y a las ocho de la mañana está clavado frente a la máquina sumadora hasta las doce del mediodía. Cuando lo consiga —cuandoloconsiga, digo— le voy a retorcer su pescuezo lleno de otoños y de espesos infinitos. Después hace el mismo rito de las dos a las cinco de la tarde; uno es lo que se dice un ciudadano común, o lo que es lo mismo pero dicho en otras palabras, un venezolano medio: un prototipo, un hombre promedio.

Mi admiración por Bolívar creció cuando leí «Mi delirio sobre El Chimborazo». Últimamente Juan José casi no nos deja dormir, el carajito pasa toda la noche llora que llora. Él sí pudo, digo Bolívar, encontrar al Tiempo y decirle unas cuantas verdades. Ya se orinó el pañal, ya se le salió el chupón de la boca, ya se cansó de estar bocabajo, ya le volvió a dar la fiebre a Juan José.

Lástima que no haya completado su obra liberándonos de ese señor metiche y prepotente. Últimamente ha estado muy enfermizo el muchacho, aunque Marisela dice que yo tengo la culpa, que lo tengo engreído pero no, el muchacho está mal requetamal. A mí me ha sido más difícil dar con él porque las huellas de Humboldt el mismo Tiempo, para cubrirse las espaldas, se cuidó de borrar. Por eso cuando el despertador suena tengo que hacer un gran esfuerzo para levantarme de la cama, pues si a las seis no estoy en la parada del autobús, ni por casualidad llego a tiempo a la oficina. Me dejé de buscarlo por el Ávila los fines de semana; me he convencido que al Tiempo ya no le gusta el campo, ahora se la pasa merodeando por algún lugar de la ciudad. Allí empieza la primera guerra del día por tomar el primer bus, que si no, no llegas a tiempo al trabajo, no marcas la tarjeta a la hora y te levantan otro memorándum de este color. Lo difícil cuando lo encuentre va a ser identificarlo porque el muy muérgano puede tomar apariencia de niño, de joven o de anciano, pero presiento que lo tengo cerca, que uno de estos días lo atrapo inventando lluvias o en su *hobbie* de alterar los pronósticos del Observatorio. Otra vez me toca ir parado y apretujado como sardina en lata, entre tetas y muslos y brazos levantados que cargan el ambiente de ese olor humano al que nunca nos vamos a acostumbrar a

pesar de ser tan nuestro y de nuestra esencia y de venirlo arrastrando desde el tercer día de la Creación y, vea usted, huele a todo menos a barro, ese olor que se revuelve con el monóxido de carbono y provoca náuseas y nos pone la cara brillante y amarillenta. Fue un Jueves Santo que no quise ir a la playa ni al campo y preferí quedarme en la ciudad desolada cuando me encontré con el Tiempo sin esperármelo, así me lo encontré: estaba descansando sus siglos recostado de un viejo, venerable samán en el parque Los Caobos. Tiempo y árbol parecían hermanos amorosos, cómplices de los mismos misterios, apoyado uno del otro formando una extraña figura de signo de interrogación.

Hoy me quedaré sin leer el periódico porque maldad es pensar que voy a tener chance de hacerlo en la oficina; allí estarán esperándome con su exasperante indiferencia el bloque de papeles llenos de facturas, recibos, órdenes de pago, ingresos y egresos, curvas de ganancias y de pérdidas, cuadros comparativos y un sinnúmero de números entre coordenadas (condenadas) y abscisas que, como ya es costumbre, empezarán a bailar su neblinoso baile del hambre al irse acercando el mediodía. ¡He allí el Tiempo! Por un momento me sentí paralizado, sobrecogido por la enigmática aparición que tenía frente a mí, pero me sobrepuse casi inmediatamente porque había llegado mi hora, la hora de mi vida que toda la vida había esperado y buscado con inquebrantable obsesión; había llegado también la última hora del Tiempo. A las doce tengo que arrancar para casa para llevar a Juan José a donde el médico. Probablemente a la una ya me habrán atendido y de ahí mismo partiré para el trabajo. Por la tarde iré a pagar el alquiler que ya me pasaron el tercer aviso y a medida que pasa el tiempo aumentan los intereses moratorios. Se hizo

el que no me advirtió pero cuando le puse la mano en la nivea y abundosa barba levantó su mirada de lluvia y con su siempre complejo de superioridad me preguntó qué quería, restregándome antes un simple mortal en plena cara que me hizo sentir hormiga negra, o menos todavía, mínima polilla. Te jodiste Tiempo, te jodiste; siempre han dicho que tú sabes más por viejo que por diablo, pero aquí van a acabar viejo y diablo de una sola vez. Continuó inmutable sus insultos llamándome criatura insensata y ante esa inexcusable ofensa le deslicé mis manos hasta el pescuezo; entonces se achicó. Pago el apartamento y una llovizna pertinaz congestiona el tráfico, toda la ciudad se paraliza por varias horas y así pasó un rato interminable con la cara achatada contra el vidrio de la puerta del por puesto. El Tiempo está temblando, está asombrado, sin duda, está cagado. Te jodiste, Tiempo, te jodiste. Por fin llego a la casa y me sale Marisela con que el carajito ha empeorado; paso toda la noche de hospital en hospital, toda la noche de llanto en llanto y a las cinco y media de la mañana, todavía oscurito, el incansable despertador vuelve inmisericorde a sonar.

Me levanto forzosamente poniendo por delante un maldito sea que sale por la rendija de la ventana y recorre todo el camino hasta la oficina, la oficina, la oficina. De pronto se me vuelve niño, no es muy agradable apretarle el pescuezo a un infante de tres años, pero me doy cuenta de su truco, espermatozoide que te vuelvas te retuerzo el pescuezo. Tres veces se me cae la pasta del cepillo dental y se desliza por el hueco del lavamanos, babosa y juguetona, como nunca falta, no voy a acabar hoy de cepillarme. Hace tiempo vienes convirtiendo mi vida en una bola de ansiedad, en una espiral de angustia; mientras uno vive

a contrareloj, tú nada más que te la pasas amontonando nubes para que algunas damas maten su ocio haciendo té canasta en prrrrooo de los damnificados de las lluvias, te la pasas soplando tempestades, levantando olas, convirtiendo bellas mujeres en huracanes y lanzándolas contra las islas del Caribe, ensañándote miserablemente contra todos nosotros y me pregunto yo ahora: ¿Hay derecho? Esta vez me dejó el primer autobús, no tendré tiempo de tomarme el marroncito ni de tragarme la tostada; tengo que coger una carrera directa hasta la oficina y de todas formas voy a llegar tarde, tarde, tarde. Hoy la Avenida Baralt está más escandalosa y congestionada que nunca, hoy los números comenzarán su danza del hambre más temprano.

Al Tiempo no le quedó más remedio que sincerarse y volver a su estado clásico: el viejo sabelotodo y metidoentodo, de arcaica barba y mirar patriarcal y supremo. No le quedó otra alternativa cuando mis manos fueron reduciendo el espacio que ocupaba en el mundo su pescuezo salpicado de arrugas inmemoriales. Él también tenía una nuez de Adán que hizo ¡traqui! de repente y allí se me nubló el pasado y un relajamiento agradabilísimo se hizo en el ambiente y me destempló los nervios: ya no me atormentaban los punzantes recuerdos del ajetreo de los días, la prisa de Caracas hacia su fin, el ruido de la máquina sumadora, los llantos de Juan José a la medianoche, la tostada atravesada en la garganta, el olor que nunca debió salir de las axilas y menos en cambote en el autobús, el puntual y diario marcar de la tarjeta y el despertador y el cliente moroso y la alucinante danza de los números en las horas cercanas al mediodía. Todo, todo quedó como una remota experiencia imperceptible y sin efecto, como uno de esos sueños borrosos y ambiguos

que no podemos recordar a plenitud. Quedó demostrado una vez más que antes que el Tiempo fue el Verbo y el anciano hubo de recurrir a la palabra para persuadirme, pero solo le salió un balbuceo seco y grotesco. Sí, me iba a persuadir de que meditara antes de seguir hundiéndolo en la noche estática y eterna, en la irreversible noche de su fin, que meditara sobre la anarquía que iba a provocar en el destino de cada quien en particular y de la humanidad en general al alterar y entrecruzar y yuxtaponer la posición desde la eternidad de los signos del zodíaco pero yo no le hacía pizca de caso.

Estaba convencido que la muerte del Tiempo implicaba mi propia muerte pero eso era lo que menos importaba ahora. Advertí que a medida que apretaba me iba llenando de intempestivas arrugas y la fuerza se me extinguía poco a poco y una súbita artritis me demolía los huesos. Sabía que en el universo iba a entrar en función un conjunto de fuerzas insospechadas, espectaculares y diabólicas, abortadas de la Nada absoluta que precedió al mundo. En eso la lengua del anciano cayó rodando a mis pies, como un almanaque roto. Primero el Tiempo se puso verde como la primavera y luego fue tomando el color ceniciento del verano, de la sequía, de la muerte. Me di cuenta que su cuerpo estaba flácido y lo solté. El samán cayó hacia un lado y hacia el otro el viejo con ojos de reloj y barba llena de épocas. Yo empecé a morir lentamente pero antes pude escuchar el trotar de miles de potros desbocados que iban hacia todas partes y que en vez de ojos tenían unos almanaques en forma de esferas que giraban vertiginosamente, por lo que se hacía imposible precisar qué día era hoy, pues seguramente ya el Jueves Santo había pasado. Los caballos se alejaron, el ruido de sus cascos sin herrar se fue extinguendo y de pronto

SÁBADO QUE NUNCA LLEGA

todo se detuvo en el estallido infernal de un despertador japonés que hirió la mañana con sadismo.



# FIESTA DE LUCES NEGRAS



A pleno pulmón no. Las luces no deben dejarse a pleno pulmón, desbordadas, haciéndonos transparentes, como placas radiográficas de nuestros complejos y prejuicios. Las luces, mejor, deben ser suaves y hasta cómplices, ser casi no-luces o anti-luces, tener en su fluidez algo de niebla y picardía. Las rosadas y violetas, violadas a intervalos regulares por rápidas ráfagas de un amarillo fugaz, forman la combinación más agradable y excitante. En el momento en que una luz es violada por otra —coito de luces—, una mano se aferra a la cintura y otra a la nuca. Son dos manos que responden al mismo impulso y que se ignoran como ignoran el itinerario de caricias que han de seguir estimuladas por luces que ellas no ven, luces que a veces son más que subjetivas, pero luces, al fin.

Empezar las fiestas luminosas era cosa difícil, cuestión de timidez, vamos a esperar a Lombano, pásame la nota, primero hay que calentar los somas, que uno no se daba cuenta cuando empezaba la fiesta, el sueño, ¿el amor, dije? Las primeras —¿lo recordarán ellos ahora?— fueron divinamente inocentonas y antiestéticas y *kitsch* que lo único que faltaba era una piñata-barco, pájaro o casa, hasta que la cosa cambió con la entrada del Gato en la piel del tigre, y por cierto, ¿vendrá el Gato esta noche? La gata que se gasta el Gato es una de las Tres Gracias, la mejor de las tres, la más de rechupete, qué de nalgas formidables Diosdelcielo, ¿vendrá esta noche el Gato?

(Y entre paréntesis —por qué no decirlo—: la piel del tigre lo organizamos un día largo y fastidioso hasta más no poder: domingo 10, doce meridiem, un domingo que se estiraba infinitamente de puro tedio. Ya-que-siempre andamos juntos, en-vista-de que de cuando en cuando organizamos fiestas, teniendo-en-cuenta los muchos gustos comunes que nos unen, qué razones, grandes o chicas, existen para que no nos organicemos en un clan: «grupo de personas unidas por cualquier interés» ( [*Pequeño Larousse*] ). Luego de una discusión minuciosa y descalorada de los pro y de los contra, decidimos proclamar allí mismo, al aire libre y en medio de la grama libertina, el solemne nacimiento de La piel del tigre.

En el susodicho clan —a proposición de la gata o felina—, todos seríamos miembros de la base y presidentes a la vez, es decir, la democracia absoluta y el derecho inalienable a pataleo, porque el centralismo fue rechazado unánimemente en una simbólica muerte del dogma y de todos los dogmas, lo cual fue aprobado con la señal de costumbre: levantar la garra de fieras libres. Libres, eso es. Y fieras).

Con La piel del tigre funcionando, las fiestas se hicieron más frecuente, la vida transcurría en un abrazo permanente, por no decir eterno. El amor dejó de ser circunstancial para inscribirse, voluptuoso, en el mundo de la cotidianidad. Todo ello ayudaba, sin dudas, a que cada quien cargara con su cruz con mayor entusiasmo, algo así como cuando con un dolor de muela del infierno, nos encontramos con alguien que también tiene un dolor de muelas del infierno. Allí nace entonces la solidaridad más sublime, del fondo del dolor, así sea de lo hondo de un vulgar dolor de muelas del infierno.

Las fiestas en La piel del tigre eran ornamentadas con luces y nada de flores (en las orales tarjetas se rogaba no enviarlas); por lo general eran luces electrónicas que los muchachos se robaban de las grandes tiendas por departamentos, lleve hoy y pague mañana, así sea: luces, fiestas, rayas, manos que iban de arribabajo-de-abajoarriba: La piel del tigre.

También eran buenas para el viaje las luces de velas de colores cuando cortaban la luz. Una amarillocandela en la repisa, una azul debajo de la foto de la imitación del plagio del cuadro de la Mona Lisa que no es la Mona Lisa, una natural sobre la mesita de las bebidas y una roja, que es como un espejo de labios hambrientos de labios, frente a todos: fiesta de velas. Ahí es cuando Rosita me dice, me dice. Y yo: sí, sí. Rosita entonces se vuelve o se cree Cleopatra y empieza a pasear por el Jardín Romano, entre colores y pájaros, con Marco Antonio, se agacha, toma una flor, la huele y se la pasa a Marco Antonio que está un poco fastidiado e indelicadamente la lanza hacia alguna parte y la flor, humillada, exclama: ¡oh!, por boca de Cleopatra, que gime y me pasa la mano por el cuello, me la pasa de nuevo y gime, me besa en el pecho y gime, sigue bajando y me besa en el estómago y gime, me besa y me dice, me besa y yo la levanto y Rosita, otra vez Rosita, me dice: «¿Verdad que es bella la fiesta de velas?» Y yo: «Sí, Cleo, la fiesta, las velas».

El Gato apareció con su grito de costumbre y su felina gata, Gracia. «Hola, brothercitos», saludaron y se la acentaron al baile, a millón. Parecía que vinieran con la sed de cien soles a cuestras y tomaban como la mismísima montura de Baltazar. Rosita miraba a Gracia con cierta indisimulada envidia. La última vez el Gato

se pasó de ego y terminó convertido en el mono desnudo saltando sobre la mesita de centro y caoba, la trona convirtiéndolo en prócer. Ya le había dicho yo que la liga no era buena pero. Además las luces. Todos saben que la amarillocandela traspasada por la voz de Jimmy Hendrix tiende a excitarlo hasta el paroxismo. Y para colmo el Gato trajo yerba y analgésico que con gaseosa y escocés dan una de manicomio y Bárbula. Menos mal que esta vez vino con la felina que lo controla y lo frena de este lado de la vida, aunque el Gato hace intentos a cada rato para escaparse hacia el sueño. Cuando el Gato se escape, porque le voy a cuadrar el ambiente, Rosita andará vagando por los barrios del pensamiento nebuloso, estará probablemente en Orión y entonces, ahí es cuando, entonces la felina y yo haremos el experimento. Los demás estarán muy ocupados en la fiesta, muy divertidos todos, idos, lejos y aquí.

Fue como a las once y media, a media hora para la media noche, que el Gato se metió en el sueño; la felina me encandiló con sus hermosos ojazos para advertírmelo, y yo le metí dos pastillitas juntas a Rosita para que se terminara de ir para Orión, dos o cuatro cápsulas, no recuerdo bien, creo que nunca recordaré cuántas cápsulas le di a tomar. Todavía la felina y yo esperamos media hora más para iniciar el experimento. Rosita empezó a describir un círculo con la vista y me informó que la brujería le estaba haciendo el efecto. Estaba segura que la mujer de un ministro, vecina suya, había regado un polvo baboso sobre su casa, pero el mayor maleficio caería en su persona por ser ella la princesita de la casa, la puchita. En los alrededores del Nuevo Circo le había comprado una piedra preparada a una vendedora de talismanes y azabaches contra la mala suerte y otros males; esperaba con eso neutralizar un tanto

el efecto del trabajo de la bruja del ministro. De pronto me preguntó si no percibía el olor a azufre de la costa, si no lo captaba y le dije que no. «Qué raro», suspiró, «todo el mundo lo siente y lo presiente, es la presencia inminente del Rey». «¿El Rey? ¿Cuál Rey?», me extrañé. «El diablo —Rosita sonreía—; es la brujería que me está haciendo el efecto ¿no ves?». La miré a los ojos y noté que estaba cerca de Orión. Rosita ya casi no estaba en la fiesta, a estas horas andaría por el cosmos dándole de patadas a las estrellas; dos, cuatro cápsulas tenían suficiente concentración para disparar a cualquiera hacia el universo abierto, único, el universo como un largo camino de rosas burlonas que le hacían cosquillas a Rosita en la planta de los pies y ella reía como siempre que yo la mandaba para Orión, risa y risa.

La felina miraba a Rosita con gozada maldad, a tiempo que le daba al Gato otro trago de la liga para que viajara más rápido. El Gato reía pesadamente, con una risa de plomo, mientras metía un pie en el vaporoso tranvía del sueño. «Ya casi voy a arrancar, Lina», le dijo a la felina y ella me dio el pitazo con una mirada escandalosa, anunciándome, con goce indisimulado, que ya el Gato había arrancado, pero bueno era esperar un rato más. Él empezó a hablar de cosas extrañas como un cronista que relata sus viajes, capítulo por capítulo, y luego recoge sus andanzas en una edición especial de 8 por 12, tirada a todo color: «Ayer pasé por La Perinola —narró bajito, en letricas de seis puntos—, que es un lugar azul turquesa donde todo gira sobre sí mismo. Así estuve descansando unas dos horas y logré establecer un interesante diálogo circular con los aborígenes del lugar. Es maravilloso notar cómo toda conversación termina donde comienza, menos cuando entran en las pláticas los espirales. Los espirales aquí son

como los burócratas allá, impertinentes hasta la generación final. Ellos en vez de hablar en círculos que empiecen y terminen en un punto, con los trescientos sesenta grados correspondientes para cada conversación y como debe ser en un país como La Perinola (circular), lo hacen en círculos que se unen a otros círculos que se unen a otros círculos como el cuento del gallo pelón. Un espiral es como un político, adicto al arte de las promesas pospuestas, es la relatividad absoluta, la postergación permanente y la carne hecha prórroga y viceversa».

Mientras relataba sus vicisitudes en La Perinola, el Gato gesticulaba con las manos dibujando curiosos arabescos que querían capturar ipso facto el espacio in fraganti. Los demás muchachos estaban en lo mejor de los saltos y se dejaban llevar por la música y las luces —*soul* y magenta—, en un maremágnum frenético de reflejos espectrales. Ellos, por supuesto, tenían una dosis más pequeña de la liga que no les permitía traspasar la frontera que separa la vida real de La Perinola y de Orión; su viaje al sueño era más corto, un viaje hasta cierto punto con pies de plomo, que los hacía creer que estaban batiendo chacos con las orejas. Eso les permitía apreciar y disfrutar plenamente del coito de luces, del desgarramiento delicioso que el amarillo provocaba en la incorpórea superficie del azul. Pero ni el Gato ni Rosita estarían para presenciar la espasmódica eyaculación del amarillo en el vientre azulvioláceo, el esperado orgasmo luminoso, el fosforescente polvo, porque uno andaría por La Perinola, en un interminable diálogo con los espirales, y la otra estaría en Orión, pateando estrellas, oh Rosita.

A todas estas, la felina se notaba inquieta. Gracia siempre se ponía así cuando se acercaba algún momento

trascendente. El Gato había dejado de relatar sus peripecias, como si de pronto los espirales hubieran decidido dejar el diálogo en el aire, guindando de algún gancho atmosférico. Entre la felina y uno de los muchachos del clan lo metieron en un cuarto, donde seguramente continuaría sus exploraciones de La Perinola. Rosita, por su bello lado, estaba más eufórica que nunca, a lo mejor algo celebraban en Orión y ella tiraba y tiraba patadas y patadas hasta que se fue calmando, paulatinamente, a medida que se acercaba al cero de una cuenta regresiva que sabrá el Yavé de Orión por qué se puso a desnumerar a estas horas: (... 5... 4... 3... 2... 1... 0). Ahora sí estaba Rosita en cuerpo, alma y todo en las mismísimas entrañas de Orión, ya nada la unía a la fiesta ni a las velas ni a las luces. Ahora venía lo bueno nuevo, el experimento.

Lo del experimento —valga concederle su mérito— fue a Gracia a quien se le ocurrió. Un día, al azar, me la encontré en Sabana Grande y me dijo: «Será de lo más divino, algo interesantísimo, muérete, la síntesis entre el ser y el no ser que tanto descocó al pobre Hamlet, la liberación absoluta, alma y materia». Yo nunca fui escéptico ante los pasos dados en pro del enriquecimiento del campo sexual y lo que proponía la felina, de verdad, prometía ser suigéneris, celestial, definitivamente único.

Por supuesto que el Gato, pese a todo su cuerpo teórico sobre el amor libre y a sus fanfarronadas de ser un libre pensador-universal, sin celos ni prejuicios, era un olímpico celoso que no iba a permitir, y menos a perdonar nunca, el experimento felina-yo. La Rosita si lo llegaba tan sólo a vislumbrar en la ventana más remota de las posibilidades, se moría irremisiblemente. Por dos poderosas razones Gracia no hacía el experimento con el

Gato: La primera: se necesitaba un poco de emoción fuerte, de sentimiento de culpa, digamos, de infidelidad, lo cual crearía las condiciones psíquicas necesarias. La segunda: era necesario aguante, resistir, llegar hasta las llamadas últimas consecuencias, y el Gato no podía, porque según triste pero valiente confesión de la felina, estaba quedando desastrosamente impotente. El Gato no llenaba pues las condiciones psicofísicas exigidas para llevar el experimento a un Happy end. No había de parte de Gracia ni de la mía otro móvil que el de aportar nuevas experiencias al cúmulo sexicognoscitivo de las nuevas generaciones que despuntaban; para decirlo con un horrible pero inevitable lugar común, poner un granito de arena, nuestro-granito-de-arena para la felicidad del género (o especie) humano, tan maltrecha hoy día por aberrada maquinización de los sentimientos más sublimes.

Por el guiño que me hizo al llegar, la felina venía restanda para todo, aunque se le notaba, no sé si a capricho mío, un poco impaciente, como si algún tren que se fuese a marchar para algún lejano país, la fuera a dejar en alguna solitaria estación, triste. A decir verdad, yo también me sentía un poco nervioso y un momento hubo en que sentí unas ganas enormes de olvidarlo todo e irme con Rosita para Orión, a jugar su fútbol astral, pero no le podía echar esa vaina a la felina, no me podía rajar a última hora. Y al pensar en el mundo de novedades inimaginables que íbamos a descubrir ella y yo, la decisión fue como el océano donde se ahogaron de inmediato las fugaces dudas del primer momento. De nuevo estaba dispuesto a convertir al Gato y a Rosita en maravillosos cornudos soñadores. Era un rol que ellos aceptaban en su inconsciencia en aras del experimento. Dentro de poco, ya me veo, yo

estaré totalmente desnudo y la felina cabalgará sobre mí, voluptuosa y eterna, por una inmensa pradera reverdecida, de pasto vibrante, suave y liberado como la cabellera de Dios. Un calor húmedo y frío y un frío húmedo y caluroso nos descenderá desde el pelo mayor hasta el dedo gordo. La respiración de la felina, oh Gracia, será definitiva. Más allá, Orión y La Perinola serán una y la misma cosa, donde no habrá prejuicios ni pecado original. Gracia, como la más ágil de las amazonas todas, sostendrá entre sus dientes las riendas de mis ímpetus desbocados con sublime habilidad. El momento será supremo. Yo me aferraré a sus caderas prodigiosas y espartanas como un chinche a la piel (y chuparé). Las luces ya no saldrán por parejas, sino en explosiones múltiples y venerables de fuegos artificiales; será, helo allí en carne y hueso, el amor libre en su más sana, elevada y humana expresión, el hombre ante el hombre, reencontrado por fin; será el hundimiento definitivo de Occidente, hipócrita y podrido, el renacer de un nuevo siglo; tal será el principio del experimento.

Pero, de repente, fue como si al círculo cromático alguien lo hubiese puesto a girar vertiginosamente provocando la descomposición de la luz. El coito luminoso fue suspendido bruscamente y una enorme y fea y repugnante luz blanca se adueñó del ambiente, despojando de manera arbitraria al amarillo, al azul y al violeta.

«¡Qué vaina es ésta!», se levantó, dijo y volvió a partir para el sueño el Gato, despaturrado. La luz blanca se hizo más prepotente, como si concentrara sobre nosotros todos los ojos del mundo. Corrí y me cubrí y otro tanto hizo la felina, desconcertada y furiosa, contrariada. El policía con casco romano y escudo enseñaba el cuerpo de Rosita y yo: «¿Qué carajo le pasa a este tombo, acaso no se

da cuenta que ella está en Orión?»). El agente sacó un papel sellado y leyó en voz alta algo acerca de sadomasoquistas, degenerados, bolcheviques, adictos, malparidos, putas, subversivos, irregulares y presos.

¿Presos? Nadie entendía la palabreja: pre-sos. P-r-e-s-o-s. ¿Por qué? Mientras nos sacaban del lugar, uno a uno, en fila india y con las manos en la cabeza, el papá de Rosita, el senador, en la puerta y con la cara prestada, lloraba para adentro y no dejaba de gritarnos, inexplicablemente, no sé qué cosa de la depravación gratuita y continental. No terminaban de comprender ni el pureto ni nadie que Rosita estaba en Orión y que sólo era cuestión de tiempo, de esperar que le pasara y ya. Tampoco era para ponerse histérico por tan poco, ni para estar con ofensas y calumnias.

Pero luego supimos que la muerte fue cierta, que Rosita se quedó para siempre en Orión. Gracia me miró de una manera extraña, con la misma mirada del senador. «¿Sería la brujería?», pensé infeliz. «¿Cuántas cápsulas fue que le di de verdad?» Oh, qué irreversible fue el viaje hacia Orión, maldito Orión y su cancha de estrellas. Oh, Rosita, dime ¿nos veremos?

Primero sacaron a Gracia y después a los demás. Detrás de las rejas, solo, me quedé yo recordando cuántas cápsulas fue que puse en el vaso. Las luces de la fiesta me llegaban desde Orión con el color del miedo. Rosita reía allá, chutando estrellas. Dentro de mí se hizo una luz que se apagó antes de que captara algo y, de pronto, la noche cayó sobre la celda en pleno mediodía y empezó como una fiesta de puras luces negras, enmarañadas luces negras de cuyo seno emergió el Gato, y no dejó de causarme sorpresa su presencia en la cárcel, pues yo pude ver cuando hace un

rato lo pusieron en libertad con los demás. Al Gato en la cárcel frente a mí, mirándome con la patética mirada con que se mira a los tarados, le dio por hablar para intentar consolarme, se lo agradezco, pero no le creo; el Gato que dice:

—Hace media hora que estás hablando mariqueras.

—¿Cómo? Es cierto todo.

—Mariqueras, no pensé que la gasolina te fuera a volar tanto; has estado hablando de fiestas y luces y espirales y Orión y Cleopatra y Felina y ego y coitos luminosos y muertos, qué rollo, mano.

—¿Y por qué estamos aquí entonces?

—¡Mierda, yo qué sé! Sólo recuerdo cuando nos estábamos robando unas bombillas en CADA.

—Justamente, ahí empezó todo.

—Ahí no empezó nada porque allí nos prensaron.

—¿Y las fiestas, entonces, y las luces?

El Gato me dijo: «estás jodido» y se tiró bocabajo sobre el piso.



LAS HISTORIAS AJENAS  
QUE ME SUCEDEN



No menos de cuarenta historias me asaltan diariamente. Algunas son felices, otras intrascendentes y unas cuantas verdaderamente horribles, casi insoportables.

Muchas veces, al regresar ya de noche, a la pensión y pese al ajeteo de todo el día que me deja física y mentalmente exprimido y deprimido, me es absolutamente imposible conciliar el sueño, porque apenas lo agarro cuando de un salto estoy parado en el centro del cuchitril donde duermo, para no irme por el abismo con que soñaba o no morir arrastrado por una corriente tumultuosa que surge de repente. Esas noches, luego de fumarme diez o quince cigarros sin encontrarles ningún gusto, opto por levantarme y salir a caminar por las calles o a sentarme en alguna plaza solitaria. Más de una vez, muchísimas veces me he sorprendido hablando solo cosas absurdas en una madrugada absurda, caminando media Caracas a las tres de la mañana, con las manos refugiadas en la chaqueta y la cara húmeda de frío, sin ton ni son. Cuando no, como un león enjaulado, amanezco yendo y viniendo entre las esquinas de Muerto a Misericordia, rumiando alguna historia que no me sucedió a mí pero que, al conocerla, me afectó como si yo estuviera en su mero centro.

Esto me sucede desde hace mucho tiempo, no puedo precisar exactamente desde cuándo. Lo cierto es que últimamente las historias que me asaltan la tranquilidad

durante la noche y me ultrajan el sueño, han cogido contra mí un ensañamiento miserable, por decir lo menos. Noches hay en que no me posee una sola historia, sino dos, tres y hasta cuatro o más. Son como demonios diferentes y polifacéticos que luchan dentro de mí por apoderarse de mi carne, mi alma, mi cordura o mi qué sé yo. Esas noches de historias diversas y en pugna paso de víctima de una traición —de un desengaño malvado— a un accidente de aviación; de allí: a un agasajo por mi reciente nombramiento como Gerente general de la fábrica de cotufas PEPE & CIA; de allí: a una noche en un hotel de Miami Beach con la Lollobrígida; de allí: a mi detención y posterior tortura acusado de un asesinato en masa; de allí: a ser linchado por fascista por una turba de estudiantes alzados. Cualquiera puede imaginar —no se necesita ser psiquiatra para ello— el laberinto mental que tan dispar secuencia de historias incongruentes puede causar en el psiquismo de cualquier persona más o menos normal. Pues, eso me pasa a mí casi a diario, o nada de casi, me pasa todos los días, rigurosamente.

Lo raro es que yo no soy lo que se pueda decir una persona sentimental, sensible o socialista aficionado. No tengo ningún escrúpulo en confesar que ni los mendigos del Parque Carabobo, ni los pedigüeños de la Gran Avenida, ni las caminadoras de Sabana Grande me inspiran ningún sentimiento de lástima. Sin embargo, si conozco la historia más estúpida de uno de esos seres, por la noche me siento protagonista de ella, pasa como si la viviera, con todas sus alegrías y todos sus sufrimientos. Pero, no es cuestión de sentimentalismo, porque si conozco las aventuras de un burgués, por la noche las gozo, soy todo un trotamundo, un playboy con

yate, avioneta y tarjetas de crédito. Lo que pasa es que mi trabajo me impide conocer o escuchar muy poco estas últimas historias y, por el contrario, la mayor parte de lo que oigo son historias rodeadas de calamidades por todas partes. De allí que por lo general, mis noches sean atroces. Afortunadamente, una historia no me jode más de una noche, jamás se repite.

Yo creo que todo esto tiene un antecedente, aunque claro, es sólo una suposición. Cuando tuve la infeliz idea de leerme *Crimen y Castigo* nunca imaginé que me iba a convertir en una suerte de Raskolnikov II. En una sola noche asesiné a la vieja aquella, escondí las joyas, fui visitado por Pulqueria Alexandrovna, asistí a la comisaría, me revolqué en la fiebre intensa, etc. Algunos años después fui aquel divino *clochard* de nombre Horacio Oliveira que, al mismo tiempo que estaba despaturradamente borracho escuchando jazz en un mugroso apartamento de París, fungía de loquero en un manicomio privado de Buenos Aires. La última historia que sufrí fue el drama completo del desgraciadísimo Juan Pablo Castel, que me dejó mentalmente aplastado y me hizo tomar la inviolable determinación de no leer más ninguna obra que se pueda calificar de literaria. Desde entonces, apenas si paso ligeramente la vista por los titulares de los periódicos, pues leerlos minuciosamente supone llenar mis noches de las historias más vulgares y disímiles.

Entre aquellas lecturas que me impresionaron sensiblemente y me hicieron víctima y protagonista de las historias más absurdas e insufribles y lo que me pasa ahora, transcurrió un tiempo prudencial y tranquilo, una especie de tregua cerebral. Durante ese lapso, fui una persona normal y feliz, común y corriente, que trabajaba durante el día y dormía durante

la noche, como debe ser: un Juan que estaba parado en cualquier esquina silbando distraídamente. Un Pedro que después de la diaria jornada se metía en un billar a jugar unas partiditas. Un Julio que a las ocho de la noche iba a buscar a su novia para llevarla al cine. Un José que a las siete de la mañana se cepillaba los dientes para marcharse al trabajo. Una persona absolutamente normal. Un tipo cuerdo, como uno de los tantos que a diario te tropiezas entrando en o saliendo de las agencias de empleo o de lotería.

Esa normalidad duró —por lo menos así me parece ahora— lo que dura subir un telón. De repente comenzaron a ocurrirme cosas por las noches sin explicación alguna. Llevaba justamente tres años sin leer ningún tipo de libro y sin preocuparme por los amarillismos periodísticos, ni siquiera por las informaciones más insulsas. No leía nada de nada y eso me aseguraba mi tranquilidad, una tranquilidad a la que todo el mundo tiene justo derecho y que yo estaba dispuesto a mantener así me convirtiera en un perfecto ignorante, desinformado hasta lo inaudito. ¿De qué vale la más vasta erudición si se vive en la más vasta (y basta) intranquilidad?, me justificaba yo mismo cada día. Por eso me extrañó que a pesar de cumplir religiosamente con mi rígida dieta antilectura<sup>1</sup> de repente, una noche lluviosa, me encontrara estrangulando a una viejita de ochenta y cinco años y tres días en una alcoba estilo colonial y olorosa a valeriana y otoños.

Al día siguiente de esa desagradable experiencia criminal, empecé a buscarle una explicación aceptable al asunto ¿Me habría detenido al descuido frente algún

---

<sup>1</sup> Mis familiares me dieron por muerto porque ni leía ni respondía sus cartas, hasta que un sublime día decidieron no escribirme más.

puesto de periódicos y leído una noticia semejante? No, de eso estaba totalmente seguro. Llevaba tres años sin pararme para nada frente a ningún kiosco donde vendiesen algo para leer, por lo tanto eso no era posible. Le di y le di vueltas al asunto, barajé las más insospechadas posibilidades y no le encontré ninguna explicación. El vicio de leer lo había erradicado definitivamente y no lo hacía ni al descuido, más todavía, no me hacía ninguna falta. Cuando veía las vallas publicitarias —hasta tal punto había llegado mi autodominio y condicionamiento—, mi mirada borraba todo lo que era letras y números y sólo aparecían ante mis ojos cuadros, colores y paisajes, cuyos significados no procuraba captar para evitarme problemas nocturnos y aberraciones inútiles.

Un día —Jueves Santo creo que era y hacía calor— descubrí horrorizado por qué las historias ajenas se metían en mí y, a la vez, me metían en ellas. Me di cuenta que ya no me afectaba solamente lo que leyera, sino también lo que oyera. Era horroroso. ¿Cuántas cosas no escucha una persona en un solo día, en una ciudad como Caracas donde la gente anda como desahogándose, contándole sus problemas al primero que encuentra en el autobús, en el por puesto, en las inmortales colas del Seguro? Y sobre todo yo, que estaba condenado a escuchar las cosas más contradictorias y miserables por mi duro oficio de chofer de plaza. Cuando menos, de ida se montaban cinco personas y de venida cinco más, es decir diez personas de ida y vuelta, diez historias de ida y vuelta y en un solo día hacía ese recorrido de ida y vuelta unas veinte veces. Por supuesto, no todas las personas que se montaban contaban historias, primero. Segundo, algunas abrían la boca sólo para pedir parada o para hacer un comentario innecesario.

Tercero, las historias neutras o felices no me preocupaban, puesto que me deparaban buenas noches o noches grises, pero es sabido que los temas preferidos de la gente de este siglo tienen su fuente de inspiración, generalmente, en las páginas rojas de los diarios. Huelga decir que no podía taponarme los oídos porque las mismas características de mi oficio me lo prohibían.

Dije que descubrí el origen auditivo de ese asalto de las historias ajenas un Jueves Santo caluroso. Cierto. Y lo descubrí por una casualidad no muy casual. Digo esto porque no es propiamente una casualidad, en este ir y venir todos los días por una misma ruta, el que un mismo pasajero tome dos veces el mismo carro en una misma semana. El lunes vino un viejo gordo y dilatadamente extrovertido y a los pasajeros y a mí nos lanzó toda su historia de padre feliz y conforme de seis hijos, cuyas cualidades y éxitos narró así:

Julio Adolfo es el mayor y es ingeniero, ese es lo que se dice un palo de hombre, usted sabe, buen padre y mejor hijo, gana cinco mil al mes y se graduó gracias a mis esfuerzos y sacrificios (...).

Le sigue Rosana que es secretaria, usted sabe, las mujeres no necesitan estudiar mucho, sino algo por si el hombre le sale desgraciado (...).

Rodolfo es futbolista, juega de centro delantero del Anzoátegui F.C., usted sabe, no estudió nada pero tiene una-pata-para-chutar.

En cambio Luisa se casó con un abogado que es uno de los doctores más famosos de Valle de la Pascua yo me encargué de presentárselo y todo, usted sabe los padres debemos ayudar a las hijas hasta en eso (...).

El más haragán es Tito y sin embargo ya es cabo del Ejército, usted sabe, peor es nada, el año que viene lo mandan para Panamá a estudiar un curso de contrainsurgenci o anti no sé qué diablos.

La nena estudia el tercero de bachillerato y lo único que le critico es que se la pasa con un melenudo que se quiere codear con uno para echársela, usted sabe, el que a buen árbol se arrima, yo estoy cansado de decirle que ese lo que es, es un marihuanero (. . . de puta).

Por la noche yo me sentí un Papá Noel, un Abraham, un buen padre rodeado de todos sus hijos modelos: uno me cortaba el bigote, otro me limpiaba las uñas, otro me echaba fresco con un abanico, otro me hacía cosquillas en los pies. Al siguiente día no me explicaba el por qué de esa vivencia. Lo del viejo no lo recordaba porque, afortunadamente, tengo una memoria pésima (imagínense ustedes si no fuera así). Pero el Jueves Santo el viejo volvió a tomar mi carro e inmediatamente se fajó a echar la misma historia de Rodolfo, de Julio Adolfo y de los otros. Entonces recordé que este mismo viejo me había echado esa mismita historia el lunes y que por la noche la viví con lujo de detalles y ese descubrimiento de que todo lo que oyera en el día me iba a ocurrir por la noche me dejó extenuado; me sentí tan mal que ese día no seguí trabajando y me metí en La Cita a tomarme unas cervezas (ustedes saben).

Antes de irme a casa decidí pasar por donde lo de Margarita. Ella me recibió en una transparente batica que me sacó la piedra. ¿Con quién, antes de yo llegar, había estado Margarita? Me metí en el cuarto y no encontré a nadie pero sí las huellas del amor desordenado y de prisa, clandestino. Le hice ese señalamiento pero Marga me

respondió que yo siempre estaba viendo cosas donde no las había, y como en parte tenía razón, me tranquilicé un poco, pero nada más un poco. Marga me trajo un vaso de bucana con agua y el bucana y la batica me excitaron sobremanera. Me acerqué al sofá donde estaba ella insinuantemente recogida y empecé a recorrerla con la mano, de ida y vuelta, de vuelta e ida, de ida y vuelta por una ruta que yo me conocía perfectamente bien. Después de hacerle el amor a Marga, me acordé de nuevo que antes de que yo llegara alguien había estado allí, e incluso en el coito lo terminé de comprobar incontestablemente. Marga era una puta que me engañaba. Me engañaba a mí que le había regalado un apartamento amoblado en propiedad horizontal y pagado chinchín, chinchín mi compadre. Me engañaba a mí, precisamente a mí que la ayudé cuando estaba en la mala y la saqué del burdel y le borré para siempre el estigma de puta. Me engañaba a mí que tan desprendido había sido con ella. Marga no merecía otra vaina sino la muerte. Cría cuervos, dice el refrán y es verdad y puta es puta y cabrón es cabrón. Fui y saqué la 9 mm. del escarapate y no tuve valor, cuando estuve frente a ella no tuve valor, bolas suficientes no tuve para matarla, no tuve valor porque siempre he sido un cobarde, un miserable, una rata, no tuve valor, no tuve valor, no tuve noooo.

De un salto me levanté de la cama, sudaba copiosamente y estaba llorando, atragantado. Estúpidamente llorando por algo que no me había sucedido a mí en ningún momento de mi vida ¿Qué carajo sabía yo quién era Margarita y a quien con tanta confianza llamaba Marga? Entonces recordé. Al meterme a La Cita a tomarme las cervezas para levantarme el ánimo, un tipo refugiado en

el licor me contó todo lo que le acababa de pasar con la tal Margarita y yo, entre palo y palo, lo consolé un poco a pesar, repito, de que su historia no me causó ninguna lástima ni sentimiento parecido. Después yo viví —o sufrí— toda esa historia absurda.

No se trata de que sueño las cosas —ojalá todo fuera sueño— sino que las vivo. Las vivo en toda su intensidad o en toda su ridiculez. Siento los golpes o las caricias o los empujones o las humillaciones y hasta tengo eyaculaciones —si es el caso, como con la tal Marga— que al otro día me hacen sentir una amarga y honda frustración. Descubrir que todo lo que oía lo vivía durante la noche, me hizo pensar en la posibilidad de cambiar de oficio pero a mi edad de cuarentitantos años no sabía hacer otra cosa (primero) y los empleos estaban requetedificiles de conseguir (segundo). A pesar de lo que se podría denominar mi retrofobia, opté por mandar a hacer un letrero que decía:

### NO ME INTERESAN SUS PROBLEMAS

pero después no me atreví a colocarlo en el carro porque era una flagrante e injustificada descortesía con los pasajeros que, a fin de cuentas, no tenían ninguna culpa de mi anormalidad. Eliminé el radio del carro para no vivir de noche los dramas de las radionovelas ni de la historia de una canción. Fui a casa de un psiquiatra que luego de estudiar rama por rama todo mi árbol genealógico y hacerme grabar los sucesos nocturnos, asombrándose de que en mis conversaciones interviniesen otras voces: de niños, de mujeres, etc. (ya yo le había prevenido que las historias me sucedían tal cual se daban en la realidad), se declaró incompetente para resolver el caso o para curarme. Igual me pasó con unas

dos docenas más de psiquiatras que consulté. Tampoco se trataba de posesiones del demonio por múltiples razones: a) El diablo no existe (y esta sola razón debería de bastar pero démosle más apoyo; b) Las historias felices que escucho las disfruto, las gozo y a veces hasta entro en algunas iglesias, lo cual no es precisamente una costumbre que atraiga a Satanás; c) Si nada oigo durante el día, nada me sucede durante la noche. Podría citar mil razones más para descartar las hipótesis demoníacas, pero creo que estas tres son contundentes.

No sé realmente qué hacer. Estoy horriblemente desesperado. Ando buscando un empleo porque al fin decidí —ya no soportaba más— dejar el oficio de chofer de plaza. Esta noche la voy a pasar caminando por toda la ciudad, por nada del mundo me meteré en ningún cuarto porque hoy, mientras hacía la cola para llenar una planilla de solicitud de empleo, una señora me contó una historia desastrosa y horripilante de los diez días que pasó en un estadio que un general convirtió en campo de concentración y de alguien a quien le trozaron los dedos de ambas manos con un hacha y luego lo obligaron a cantar. Hoy me pasaré la noche sentado en alguna plaza solitaria y húmeda, huyendo de esas historias ajenas que me asaltan cotidianamente y me hacen invivible la vida. El suicidio —no me lo aconsejen— no me resolvería nada, lo sé yo, que me he suicidado varias noches.

DETRÁS DE CADA PUERTA  
EL SILENCIO



Aproveché que era domingo para colarme al interior del liceo, brincando la alambrada. Me sentía triste y nervioso, sabía que iba a descubrir unas cuantas cosas, que el liceo me revelaría muchos secretos, sabía que me iba a contar de su soledad. Un liceo, un domingo, en tiempo de vacaciones, tiene que ser algo sobrecogedor. Todo el mundo se debe preguntar dónde se mete la bulla al irse los estudiantes y se debe preguntar por qué el silencio no puede profanar al liceo vacío. Era una mañana de agosto, húmeda, violácea, silenciosa, que todavía guardaba el olor a examen final, ese olor impreciso que hace que los miembros del jurado examinador parezcan seres lejanos, de ojos fijos, voz grave, seres casi mágicos. Olía a prueba oral y a miedo, a pregunta rara y mal intencionada que uno nunca ha leído en ninguna parte y cuya respuesta se encuentra en un solo sitio: en lo más profundo, en lo más recóndito del cerebro del jurado. Olía así y yo sentía lo amargo en la garganta.

Salté y los mocasines sobre la grama produjeron un ruido bofo, como cuando una gelatina cae al suelo, pero a mí me pareció el ruido del tumbarrancho metido por Maradei en la oficina del Director. Aquella vez expulsaron a todo el cuarto año por un mes y a Gustavo, a Morrocoyloco, a Pelagajo y a Maradei les cancharon dos semanas más. Yo me salvé porque la profesora de

Castellano y Literatura, que estaba enamorada de mí en un hermético e innecesario silencio, me defendió a capa y espada en el Consejo de Profesores. «¿Herrera? —argumentó ella con esa su vocesita que descomponía a profesores y alumnos y traía de cabeza a todo el personal masculino del “Inteligencia”— pero si ese es mi mejor alumno (piadosa mentira) y escribe unos versos que ya les digo». El frío Consejo se destempló con sus líricos argumentos en mi pro. Cuando los muchachos se enteraron que mi pena sería menor que la de ellos, regaron una infamia por todo el liceo: «cabrón es cabrón».

Me sacudí los pantalones, me froté las manos, me humedecí los labios con la lengua y caminé hacia el enigmático edificio, viejo amigo que nos enseñó a fumar sin toser y cómplice de muchas acciones clandestinas. Atravesé la pista de atletismo donde yo había batido a más de un pedante en las carreras de medio fondo, porque lo mío era el maratón o las pruebas de resistencia, y donde habíamos hecho interminables caimaneras de béisbol y fútbol; saludé con un gesto grosero y cariñoso —dos dedos engarruñados y uno al aire— la cancha de volibol (¡Cómo mateaba aquel desgraciado al que todo el mundo llamaba Paraulata!). Llegué a la puerta trasera del liceo y saqué la ganzúa. La metí. Una vuelta, otra, ahora a la izquierda mientras empujas con la rodilla, fuerzas un poquito y ya, listo, cuántas veces no he abierto yo esta puerta.

La puerta se abrió. Frente a mí se dibujó el pasillo central, utilizado como auditorio en las graduaciones y actos culturales, amplio, anchísimo, vacío y desafiante. Confieso, para qué negarlo, que me impresionó enormemente. No había papeles en el suelo, no había nadie corriendo por allí, nadie tiraba con una liguita papelitos doblados,

desde ninguna parte caían aviones de papel. El vacío era extraordinario, arrollador, ¿quién no iba a sentir miedo? Pero me metí en él. Me paré en medio del pasillo, vi hacia todos lados y hacia ninguna parte en especial, me acordé de Lesbia, la vi, gordita y rosadita, con sus libros bajo el brazo, la mejor del curso, la más inteligente, la vi que me miraba reprochándome algo diabólico que yo acababa de hacer. Le saqué la lengua y le grité: ¡pendejota! y ella se calló porque sabía que si no, cambiaba de novia. Todo aquello me aplastó.

Yo iba a buscar el examen de química pero mejor aprovechaba y recorría todo el liceo, lo conocía de verdad, lo escudriñaba todo. ¿A dónde ir primero?, ah, carajo, a dónde más, al baño de las mujeres, claro, a ver si es igual al de los varones. Subí al primer piso y torcí a la izquierda otra vez a la izquierda y ya me empezaba a pegar el olor a baño de mujer. Me detuve en frente, miré con cierta nostalgia el letrero que decía «Damas», empujé imaginando infinitas mujeres orinando, sorprendidas frente a mí y encontré el baño vacío. Olía a desodorante ambiental y a pinesol. No encontraba nada raro y sin embargo sentía la sensación de quien profana un lugar sagrado, me sentía marido de todas las damas que alguna vez se habían sentado en una de esas pocetas y olfateaba sus orines con inusitada curiosidad. Descubrí que los baños de las mujeres no eran castos como yo pensaba, que sus paredes no eran vírgenes de blancas, no. Al contrario había groserías de mayor jeraquía que las escritas en el baño de los tipos, proposiciones altamente sugestivas, frases realmente desesperadas y gritos demasiado dramáticos, casi al borde de las infinitas profundidades del orgasmo. Las paredes del baño de las hembras eran testimonio y poesía y hube

de salir porque ya la excitación empezaba a manifestarse turbadora, más turbadora que de costumbre.

Así, turbado, acaso mentalmente masturbado, salí del lugar de los olores vitales. Anduve a todo lo largo del pasillo del primer piso y me detuve frente al salón que tenía la tablillita donde se podía leer: 4.º año - Sección B. Experimenté un efímero temblor de piernas, el mismo que sentí cuando me pasaron para la Seccional N° 1 por mala conducta, frente al escritorio de aquel profesor adiposo, repugnante y homosexual, que tomándome suavemente por los hombros, me susurró al oído: «Eres terrible, papi, pero no te preocupes, nada te va a pasar».

Me parecía escuchar adentro la voz del impenetrable profesor de inglés, dictando su lesson one: «Good morning, mister», «Good morning, boy, how do you do». Lecciones interminables que nos hacían dormir la lengua y nos provocaban calambres en ella de tanto retorcerla para lograr una pronunciación más o menos correcta, más o menos elegante. Porque el profesor de inglés, que se hacía llamar Anthony Smith, aunque todo el mundo sabía que su nombre era Antonio Pérez pelado, decía que estaba raspado el que pronunciara el inglés como los trinitarios, que el inglés había que pronunciarlo con la elegancia y el buen gusto de los neoyorkinos, por eso Antonio Pérez era llamado el norteamericano oxidado, tipo raro de verdad, que vivía permanentemente arrepentido de no haber nacido en Nueva York o (aunque hubiera sido) en el Estado de Texas, y en consecuencia, vertía su irreparable tragedia de nacido en el muelle de Cariaco, en tremendos cero cinco, cero seis, cero siete, bueno, sacarle diez a Smith era una proeza, razón por la cual le habíamos quemado tres carros importados.

Empujé la puerta y experimenté un verdadero agrado al no descubrir, al lado del pizarrón, la figura bien trajeada, recta y correcta de *Teacher* Smith. Aliviado, me llegué hasta el escritorio y me dieron ganas de orinar sobre él, de desquitarme tanta humillación profesoral pero me aguanté, al fin y al cabo la madera no era culpable de nada. El salón estaba vacío, horriblemente silencioso, un silencio que se podía palpar fácilmente. Los puestos más vacíos y silenciosos, donde el silencio parecía concentrarse mayormente, eran el de Pelagajo y el de Morrocoyloco. Me senté sobre el escritorio profesoral y empecé a dictar una clase distinta, fuera de esquemitas consabidos, a mis alumnos invisibles, condiscípulos de ayer: «Bello no fue tan machete como dicen, quiero decir desde el punto de vista de la praxis; en todo caso más machete fue don Simón Rodríguez, verdadero pedagogo de América, el hombre que le abrió los ojos de la libertad al joven Simón Bolívar y le enseñó la intrascendencia de su fortuna material en medio de tanta esclavitud y miseria. Vamos a ver, Pelagajo, repite eso que acabas de oír: ¿que no lo sabes? Claro, tú lo único que sabes es jugar ajilei. Tú, Morrocoyloco, repite lo que acabas de aprender, ya, ya, tienen razón en llamarte Morrocoyloco, eres un galápago de bruto. Bueno, me estudian eso para mañana y quien no lo sepa mejor pasa por la Seccional N° 1 buscando su boleta de retiro». Al concluir mi disertación y no encontrar preguntas ni respuestas de los pupitres vacíos, me invadió un miedo tan grande que salí del salón de clase casi a la carrera. Me pareció que en cada puesto estaba sentado un muerto, un fantasma y sentí lo mismo que se siente cuando se va a visitar a un amigo enfermo y nos hallamos con la cama vacía, olorosa todavía a cadáver recién llevado.

Corrí por todo el pasillo y mis pasos sonaban multiplicados como si todos los profesores del liceo, encabezados por el jefe de la Seccional N° 1, corrieran detrás de mí. Bajé las escaleras en tres trancos y me encontré en medio del auditorio. Arriba, en el entarimado, estaba la figura de Córdoba, el Presidente del Centro de Estudiantes, moviendo frenéticamente los brazos y llamando a todo el mundo a abstenerse de presentar los exámenes finales, hasta tanto se lograra la renuncia del jefe de la Seccional N° 1 y fuera derogada la medida de expulsión contra Maradei, Pelagajo y contra mí. Desde abajo le grité: «¡Púyale, Córdoba, tenemos que aplastar al enemigo, fuera para siempre la marica jefe de la Seccional N° 1!». Me di cuenta que estaba pegando gritos en un auditorio vacío y que nadie me escuchaba ni aplaudía.

Con rabia y hasta cierto rencor, dirigí mis pasos hacia la Seccional N° 1. De nuevo la ganzúa no me hizo quedar mal. Le metí un beso y entré. Lo primero que me provocó fue entrarle a patadas a todo aquello, voltear patas arriba toda esa oficina. En esta Seccional el jefe trataba de besar a todos los muchachos y al que no se dejaba lo expulsaba. Me acordé de aquella frase: «Eres terrible, papi, pero no te preocupes, nada te va a pasar». Después el tipo me hizo expulsar por un mes pero todo el liceo se enteró de sus costumbres. En la pared del fondo había un cuadro en el que aparecían Aquiles y Patroclo en un dudoso abrazo. Pensé: «Este es un maricón ilustrado». Al lado de ese, descansaba otro cuadro, una naturaleza muerta, creo, donde el rosado resaltaba y daba la impresión de un dejo melancólico, breve, huidizo, capturado y plasmado en el cuadro casi con regocijado sadismo. «Marica de remate», no cabía duda. Me arrellané en la poltrona ejecutiva y halé

la gaveta central del escritorio; ante mis ojos apareció una impactante colección de obras estudiantiles, con la cual se podría montar una retrospectiva de la fecunda ociosidad o del joder del alumnado. Guardar tan celosamente todo eso, sólo se le podía ocurrir (a una mentalidad de invertidos cables), a un pargolete. Dejé viajar la vista por el tapiz azul cielo que decoraba el interior de la gaveta archivo, gaveta historia, gaveta museo y descubrí que entre todas las cosas allí habidas sobresalía un viril miembro tallado en madera, en el momento que luce una forma más bien prismático triangular. Ese lo había esculpido Gustavo en el Taller de Manualidades Masculinas y le costó quince días de expulsión y un buen sermón —para que pusieran mayor vigilancia a las andanzas de su párvulo— a sus afligidos representantes. La creación de Gustavo, el jefe de la Seccional N° 1 la guardaba envuelta en una toalla Rosal rosada y perfumada. En mis manos cayó un dibujo de dos sexos que se complementaban y, por lo visto, acababan de cumplir su cometido. Más allá, encontré un cuaderno Alpes, mixto, lleno de versos obscenos y en el que se contaban las desviaciones de algunos profesores y las veleidades de muchas muchachas, es decir, la biografía negra de casi todos y que sería interminable narrar. También se escondían en esa gaveta cartas de amor y sus contestaciones, papelitos con lacónicas proposiciones indecorosas, alas polvorosas de maripositas descuartizadas, pétalos muertos de margaritas deshojadas, corazones dibujados a escondidas atravesados por flechas que venían de lejos o por puñales, según se tratara de unión o desunión; pañuelos de señoritas manchados con una o dos gotitas de sangre, bufandas de muchachos con labios de carmín estampados directamente por incógnitas bocas colegiales

con sed de aprendizaje y experiencia, lápices Mongol con los nombres de supuestos novios grabados en su breve espacio, sexos aislados, muñequitos de plástico orinando, largas uñas pintadas de rojo a dos tonos, piedritas, ligas mensajeras, prendedores, cintas, mechones de cabello, sortijas frasquitos de perfume siguemelospasos, trenzas, ojos de zamuro pulidos, azabaches, paraparos, caramelos y suspiros envueltos en celofán. Es decir todo el liceo o buena parte de el metido en esa gaveta, que estuve escudriñando durante más de una hora. Todo eso era el pasado pero estaba allí, metido en la gaveta. Eran las tantas vainas que habíamos echado, ahora bajo la guardia caprichosa del jefe de la Seccional. Pensé: una de dos: o este tipo es un morbosos o es un masoquista: una de dos o las dos cosas a la vez y más todavía: morbosos, masoquista, homosexual, coleccionista y jefe de la Seccional N° 1: espléndido currículum vitae para aspirar a la meta última del escalafón. Arranqué dos páginas del cuaderno de las negras biografías, en las que se nos calumniaba a Azalea y a mí de cosas insanas en la azotea, las rompí, las eché al cesto y salí, rumbo a la dirección.

Casi se me olvida que si me metí en el liceo fue para robarme el examen de química, pues era sumamente excitante andar por esos salones amplios y solitarios —más amplios que de costumbre—, donde no se escuchaba ni el paso de una tiza sobre los pizarrones. El liceo silencioso, como achicado ante mi presencia, todos sus salones vacíos, sus baños avergonzados, sus seccionales y salas de profesores indefensas, expuestas a que yo le diera rienda suelta a mis venganzas tanto tiempo acariciadas en un pupitre; todo en el más triste desamparo, en la más abrumadora soledad. Pero de repente la excitación era

miedo; el miedo de encontrar a alguien detrás de cada puerta que abrías, de abrir un salón y encontrarte con las risas y burlas de profesores y alumnos, la rechifla general y tú allí, parado estúpidamente en la puerta, confundido, vuelto un ocho. Y cuando abrías la puerta y no encontrabas a nadie en los salones, sino silencio y silencio, entonces te volvía el alma al cuerpo y te entraban unas ganas de reír y hasta te dabas el lujo de hacer sesudas disertaciones de Historia de Venezuela o de Formación social, moral y cívica. Cada salón vacío que ibas descubriendo te provocaba un gran alivio y, al mismo tiempo, una inmensa nostalgia inenarrable.

De pronto me sorprendí dentro de la Dirección. La ganzúa no hallaba obstáculo a su paso. Esta era de todas, la oficina más lujosa. Alfombras, cuadros, aire *conditioned*, TV, radio, agua fría, espejos casi transparentes y un imponente y soberbio escritorio detrás del cual Reyes León guarecía su figura ridícula y odiosa de Director; el escritorio una verdadera fortaleza que disimulaba todas las frustraciones y complejos de Reyes León y daba a su personalidad dimensiones que realmente no poseía. Me senté nada más y nada menos que en la silla del Director, sí señor. Me quedé mirando fijamente, al través de los gruesos lentes de los espejuelos, a Maradei que estaba allí, sentado frente a mí, diciendo que él no se había robado ningún examen de Biología. Yo ni pestañeaba, lo miraba nada más. Cuando terminó de decir no sé cuántas cosas que ni él mismo se creía, quitándome lentamente los culodebotella, le dije: «Estás expulsado, vale, estás expulsado». Solté la risa y halé la gaveta (ya Maradei había desaparecido y ya yo no era el astigmático Reyes León sino Herrera, el eterno mala conducta); ante mis ojos relumbró

tremendo calibre 38, cañón largo. De manera que Pelagajo no estaba inventando cuando decía que Reyes León trabaja también para la Secreta, que era un redomado soplón y allí estaba el arma de reglamento como prueba irrefutable. Mi primera reacción fue cerrar rápidamente la gaveta y salir de inmediato del liceo, pero me contuve. Ningún arma se dispara sola y además nadie me estaba viendo. Abrí de nuevo la gaveta, tomé el 38 y me lo guardé detrás del pantalón, sacándome la camisa para que no se notara el bulto. Me gustaría verle la cara a Reyes León cuando no encuentre la fuca en su escritorio; no pondrá ninguna denuncia pública porque es a él a quien menos interesa que se sepa que es policía. Vaya con el gorila, mira qué sapo el desgraciado, tombo de mierda eso es lo que es.

Aquella oficina empezó a apestar me de repente. Casi con náuseas salí de allí, atravesé un corto pasillo y llegué a Secretaría. Iba a seguir de largo, hacia el laboratorio de química, donde estaba lo que iba a buscar, pero una vitrina llena de trofeos me detuvo bruscamente. Vi las estatuillas doradas y vi la gloria; escuché otra vez el coro: ¡A la bin, a la bin, a la bin, bon, ban: Herrera, Herrera, raa, raaa, raaaaaaa! Y yo entrando con los brazos en alto, por la meta de los 1.500 metros planos. Me acuerdo que en la eliminatoria un tipo de Puerto La Cruz me había ganado porque me dio el calambre que siempre me daba en la pantorrilla pero después, en la final de los interliceístas, me le pegué a la pata y así lo llevé hasta la última vuelta; cuando faltaban 100 metros le metí al remate, al embalaje y el tipo no me vio el humo, lo que le dejé fue el polvero y los muchachos del «Inteligencia» que me dieron dos vueltas en hombros por toda la pista, nada más que gritando: ¡He-rre-ra, He-rre-ra!, hasta que

me dejaron bajar y de allí nos fuimos para casa de Lesbia a celebrar.

Ahí están los trofeos, no es cuento. De esos doce, cuatro me los gané yo, dos Pelagajo, uno Morrocoyloco y los demás ilustres desconocidos. Es decir que más de la mitad de su gloria el liceo nos la debía a nosotros. Yo era el azote en los 400, 800 y 1.500 metros planos porque tenía resistencia y velocidad. En los lanzamientos de disco y jabalina nadie, absolutamente nadie igualaba el brazo (o la braza, porque lo que tenía era una madre de braza) de Pelagajo. Y a Morrocoyloco no había quien le diera la talla en el salto con garrocha. Por esa y otras razones teníamos al liceo y a las carajitas del liceo metidos en el bolsillo; por esas y otras razones Reyes León y el jefe de la Seccional N° 1 nos tenían una especie de mezcla entre envidia, arrechera y admiración.

Este el de los 1.500, fue el último trofeo que me gané. Aquella vez a Morrocoyloco, a Pelagajo y a mí nos hicieron un agasajo; a la Dirección no le quedó otro camino, al final siempre el sol termina achicharrando el dedo que pretende ocultarlo. Los tres nos dábamos de codazos y nos cagábamos de la risa cuando Reyes León, de mala gana, porque se notaba que lo hacía de mala gana, decía (o mal decía): «. . .muchachos que son ejemplo y modelo para la juventud, buenos estudiantes y magníficos atletas, que con sus triunfos honran nuestra institución, la cual se enorgullece de tenerlos en su seno. . .». De pronto Reyes León cortó el discurso, nos prendió a cada uno la medalla respectiva y dio por concluido el acto, sin más. La profesora de Castellano y Literatura, aprovechando lo propicio de la ocasión, se me acercó y me puso un beso en este cachete y me felicitó, me atrevería a jurar que

enjugando una lágrima. Yo le dije: «Le voy a regalar mi medalla, profe». Y ella: «¿De-de veras?» Y yo: «De veras y de todo, de todo corazón, mi profe, mañana se la traigo, por esta, mire». Pero al final fue Isoilia la que se terminó quedando con la medalla, dejando en espera de por vida a Sor Juana Inés de la Cruz, que era como llamábamos a la profe de Literatura.

Me di cuenta, mientras recordaba frente a la vitrina de los gloriosos trofeos, que llevaba un arma encima, que no tenía mucho tiempo que perder. Salí corriendo de allí y al minuto estaba dentro del laboratorio de química. La verdad es que el liceo es un dragón de mil cabezas que le traga a uno buena parte de la vida. Como habíamos derramado ácido sulfúrico — $\text{SO}_4\text{H}_2$ — en estas largas mesas negras. Allí aprendimos a fabricar explosivos y allí conocimos los secretos de los vasos comunicantes y gozábamos una y parte de otra viendo al hidrógeno, de lo más orondo, desprenderse del agua como si nunca la hubiera conocido. Allí, por Dios, nos hicimos panaderías de Boyle y Mariotte y hasta aprendimos a preparar una mezcla voladora; nosotros no la tomábamos porque teníamos espíritu deportivo, pero le vendimos el secreto a Burroloco y desde entonces comenzaron a llamarlo Rey Dormido. El laboratorio de química por los cambios que allí se sucedían, siempre me dio la impresión de ser un universo aislado —y lo era, de veras—, con sus propias y particulares leyes.

Me llegué hasta el escritorio de Mendeleiev y halé la gaveta donde él guardaba los exámenes. Mendeleiev siempre fue uno de los profesores más machete y lo trataba a uno como a compañeros y nosotros a él de tú a tú, por lo menos fuera del liceo. Ya le ponía la mano encima al examen

cuando oí pasos en el pasillo. Me asomé por la rendija de la puerta y vi a Reyes León y al jefe de la Seccional N° 1 que caminaban hacia la Dirección. Era domingo y era agosto —eran las diez de la mañana— y no sé qué hacían esos dos en el «Inteligencia» y yo con el 38 de Reyes León en mi poder. Para completar, no sé de dónde carajo salió Mendeleiev pero estaba allí, frente a mí, viéndome con su mirada llena de fórmulas de profesor de química; se apareció de repente en el laboratorio y me dijo: «Herrera, deme ese examen y piérdase, piérdase Herrera». Para sorpresa de Mendeleiev que dijo: «¿Qué vaina es esta?», no sólo le tiré el examen sobre el escritorio —la condenada prueba llena de conchas de cambur que iban a poner en las reparaciones de septiembre (a doce bolos por cabeza)—, sino también el revólver de Reyes León y salí corriendo hacia la puerta principal. Detrás de mí salieron Reyes León y el jefe de la Seccional N° 1 y más atrás salió Mendeleiev y más atrás el bedel. Atravesé la pista de atletismo, pasé a millón por la cancha de basket, salté limpiamente una alambrada y me vi corriendo a todo lo largo de la Avenida 23 de Enero. Voltié y ya nadie me seguía pero continué mi carrera desenfrenada, cada vez más veloz, más veloz. El liceo, atrás, dragón de mil cabezas, se iba poniendo más chiquito, más chiquito. Me alejaba de él como se desprende el hidrógeno del agua, como si nunca lo hubiera conocido ni hubiéramos sido parte de un todo, de una y la misma realidad. Ahora no me acompañaban ni Pelagajo, ni Morrocoyloco, ni Maradei ni nadie: habían pasado los tiempos de alegres compañías. El liceo, en silencio, seguía decreciendo, yo me alejaba, el liceo, dragón tragado por el dragón más grande del tiempo y la distancia, desapareció de repente de mi vista y yo no volví más nunca a él.



LOS  
MUÑECOS EXTRANJEROS



Lo que no entendía la gente era por qué la puerta se cerraba a las ocho y media en punto de la noche. Y no era que decir: hoy sí, mañana no: era todos los días del mundo que la puerta se cerraba a las ocho y media en punto y eso no lo entendía la gente, no lo podía entender. Era una puerta de hierro, una cortina colgante de hierro que Pietro bajaba todos los días a las ocho y media pe eme, provocando una comunión de ruidos y chirridos que le engallinaban la piel a todos los habitantes de San José de un tiempo para acá. Muchos creían que cuando los ruidos terminaban, después que la puerta de hierro chocaba violentamente contra el suelo, quedando cerrada hasta el otro día, demonios extranjeros invadían el pueblo para hacerlo blanco y altar de sus inconfesables ritos luzbélicos. Muchos creían eso y más.

De Pietro se empezaron a especular tantas cosas que ya no se podían contar todas. Lo cierto es que llegó en un verano largo a San José y se quedó con intenciones (por lo visto) vitalicias. A un trinitario que se regresaba a Puerto España agobiado por la nostalgia, le compró una pulpería que a la vuelta de tres meses convirtió en abasto y le cambió de nombre. Las Quince Letras se llamaría Abasto Pietro en adelante.

Al principio la gente lo miraba como se mira a un italiano nuevo. Para unos era italiano y para otros

portugués; un tercer grupo sostenía que se trataba de un híbrido. Pero Pietro jamás le dio importancia a eso. Cuando le preguntaban acerca de su nacionalidad, decía ser venezolano por naturalización y ensayaba una sonrisa tenue cuando a su respuesta algún vernáculo exclamaba: «¿Ve-ne-zo. . . quéééé?».

La gente de San José enseguida notó que Piero era sumamente reservado, hombre de contadas palabras; que era soltero, que duraba mucho tiempo con la misma ropa, que jamás se le veía por el pueblo, excepto los domingos que asistía a misa de diez y que, además, y esto era lo más intrigante, todos los días, impecablemente, a las ocho y media en punto de la noche, bajaba la gran puerta de hierro sin ningún motivo aparente. Todos los negocios de San José cerraban a las diez, pero Pietro lo hacía a las ocho y media clavadas, ni más ni menos. Además, qué necesidad tenía un hombre solo y para más señas italiano o portugués o híbrido de cerrar a tan temprana hora. La insinuación se convirtió en rumor: «Pietro es espiritista». De noche, cuando todo San José sueña, él se comunica con espíritus que vienen del otro lado del mar y que hablan un idioma raro. Muchos juran que varias noches han escuchado el diálogo Pietro-espíritus ultramarinos detrás de la enorme puerta de hierro, muchos juran.

Esa especulación, rumor o juramento hizo al Abasto Pietro de una sólida y fija clientela. Todos los que sostenían la tesis de los espíritus que de las ocho y media en adelante se juntaban con Pietro, eran incapaces de comprar en otra parte, por temor a caer en desgracia ante personaje de tan inigualables poderes. Pero había un sector que no creía en las tales facultades sobrehumanas del europeo y no perdía oportunidad para hacerle invivible la vida.

Tres veces intentaron quemarle el negocio y otras tantas le habían rajado la cabeza. Frente al abasto, en una pared vieja y blanca, escribieron estos versos en forma horizontal: «Italiano, italiano —los pies te hieden— a queso de mano». Pero por si acaso no eranapolitano sino de Lisboa, escribieron seguidamente, en forma vertical:

Portugués, portugués  
a queso amarillo  
te hieden los pies.

consignas en tercetos que tenían como fin hacer que la gente, a pesar del miedo a los espíritus, sintiera un poco de asco y no le comprara a Pietro, pero todo fue en vano. Inspirados por la misma xenofobia otros escritos pululaban por todas partes del pueblo, desde «italiano sucio» hasta «fuera el extranjero», pasando por «depuremos la patria». Y las cosas no se quedaban en las consignas: una noche a Pietro se le ocurrió salir del abasto quién sabe a qué —a pasear tal vez— le propinaron una tremenda paliza en la que perdió tres legítimos dientes europeos. Desde entonces nunca más salió de su negocio y asistía a todo lo que acontecía en San José desde atrás del mostrador, del cual para la gente del pueblo pasó a formar parte indivisible. Fue precisamente esa última vez que salió, cuando le vieron comprar todos los muñecos de goma del Bazar Árabe, negocio que dos semanas después sería totalmente consumido por un rabioso, gigantesco y meticuloso incendio.

Pero en realidad, nadie estaba seguro de las razones por las cuales Pietro bajaba la puerta de hierro a esa inviolable hora de la noche. Todo era especulación, rumor

y conjeturas. El encontronazo de la puerta con el suelo provocaba un sensible temblor de tierra que a todo San José le entraba por la planta de los pies. A las ocho y media en punto la gente se estremecía aunque no quisiera. Por las calles, por las aceras, por los árboles, por la noche, se deslizaba una sola frase enigmática, trémula, sulfurosa, que salía apagada de cada garganta temerosa: «Cerró el italiano, Dios nos coja confesados». Y en muchos hogares, muchas velas iluminaban el miedo y la incertidumbre. La familia que vivía en frente del abasto, ya como un rito, a la hora que Pietro iba a cerrar, se aglomeraba detrás de la ventana, empujándose unos a otros para ver mejor por la rendija cómo bajaba la puerta el italiano o portugués o híbrido. Desde que daban las ocho de la noche, Pietro empezaba a ver el reloj y a ver la puerta, intermitentemente. A las ocho y cuarto, como nervioso, recorría el mostrador de extremo a extremo, dando golpecitos sobre las tablas a intervalos iguales como contando los minutos. En determinado momento detenía el paseo, se frotaba las manos ávidamente y salía del mostrador. Parado en todo el medio de la entrada, firme, parecía decir: «ya van a ver, ya van a ver». Y levantando las manos con rabia inexplicable y absurda, sujetaba la puerta de hierro y, seguidamente, la halaba con gozosa violencia, provocando la nefasta comunión de ruidos y chillidos que se le metía a San José hasta los tuétanos, subvirtiéndole el alma. La familia de en frente, antes de que la puerta de hierro borrara totalmente la figura de Pietro, alcanzaba a notarle una sonrisa amargada que dejaba al descubierto un hueco bordeado de carne rosada, donde alguna vez estuvieron tres dientes.

Lo que no sabían muchos era que los ruidos de la medianoche no salían del Abasto Pietro, sino que provenían de afuera. Algunos vecinos creían —y otros, sostenían— que esos ruidos eran producto de peleas espirituales de ánimas en discordia. Pero nadie imaginaba que desde algún rincón de la noche, los incrédulos, los del Comité pro Depuración de la Patria, lanzaban contra la casa de Pietro todo tipo de gritos y toda clase de porquerías. Tal como la noche en que el calor y los zancudos —anófeles de mierda, diría Pietro al poco rato— se combinaban en una rara mezcla de insoportable agresividad y Pietro abrió una ventana para poder dormir. En eso una guaratara patriota cruzó el espacio y se le anidó en la frente. Más atrás, por la misma ventana, un grito se metió tajante y definitivo: «¡La guerra es la guerra, carajo, no le daremos tregua al extranjero!».

Mientras se curaba la herida, Pietro calibraba sus posibilidades de triunfo. Sabía de sobra que un ejército herido, si no actúa inteligentemente, está perdido. La noche anterior el enemigo había tomado por asalto toda la parte sur y amenazaba con avanzar hacia el norte. Lo del incendio de la bodega, aunque pudo controlarlo, también fue un golpe duro. El enemigo era implacable, no daba ni pedía tregua y además estaba en su terreno. Habría que sacarlo de allí, hacia un lugar neutral o adonde él tuviese por lo menos algunas posibilidades de victoria. Ahora esa herida en la cabeza, un error suyo haber abierto la ventana, quién le aseguraba que el calor y los zancudos no eran emisarios del otro bando. Era menester revisar toda la táctica y la estrategia. Y esa guaratara que se le había metido en la frente como una verdadera bala de cañón.

Los ruidos y los gritos de todas las noches, los llamados al combate y las exclamaciones de guerra ya tenían hasta la coronilla la capacidad de soporte de todo San José. Había noches tranquilas, por supuesto, pero no eran más que el clásico paso atrás para dar los dos adelante. La gente seguía creyendo que todo el secreto estaba en la hora en que Pietro cerraba la puerta. ¿Para qué se encierra si no para cosas malas un italiano, portugués o híbrido a las ocho y media en punto de la noche? Los otros comerciantes del pueblo sostenían que el ítalo era un tronco de vivo que con el cuento de los espíritus se había cogido toda la clientela y que se encerraba temprano para contar tanta plata que tenía de a bojote. Los paisanos más sensatos decían que Pietro trabajaba hasta las ocho y media por dos simples (y no muy convincentes) razones: una, no tenía necesidad de hacerlo hasta más tarde; otra, le daba su muérgana gana. Un grupo de padres celosos, en cambio, afirmaban que el italiano o lo que sea todas las noches dejaba una muchacha encerrada en el abasto y que ya se había cogido a casi todas las mozas de San José, menos a las hijas de ellos porque siempre habían estado, están y estarían ojo pelao, moscas. Rigoberto, el único vago del pueblo oficialmente reconocido, aseguró en una fiesta demasiado concurrida que él una noche se había quedado escondido en el Abasto Pietro para ver qué diablos era lo que hacía el italiano, portugués o híbrido a las ocho y media, y descubrió que lo único que hacía desde esa hora hasta la medianoche era masturbarse en nombre de casi todas las damas del pueblo. Nadie le dio crédito a su insólita revelación porque Pietro no tenía cara de pajúo y, además, todos en San José sabían que el vago oficial se había ganado en Ciudad Bolívar el IX

Maratón para Veteranos de Embustes Extraordinarios, auspiciado por la Hermandad Corsa. El cierre de la puerta a las ocho y media en punto de la noche seguía en el más intrigante misterio.

En San José empezó a tomar cuerpo una idea subrepticamente introducida: la incertidumbre permanente no puede carcomer el alma de un pueblo. Los habitantes del municipio estaban decididos, en cuerpo y alma, a poner fin a todos los enigmas que diariamente asaltaban la tranquilidad de la noche. Pietro podía tener muchos poderes, pero los sanjosenianos no se iban a pasar toda la vida rumiando el secreto, discutiendo el enigma, imaginando el clave, mentalmente aplastados por el misterio de la puerta de hierro que bajaba a las ocho y media con su concierto de ruidos escalofriantes y extraños. La normalidad, aunque monótona, era preferible a la anormalidad desconocida, al sobresalto a la medianoche, al miedo causado por la brisa que apagaba la vela intempestivamente. La tranquilidad sobre todo, eso era todo. Como antes. San José volvería a ser San José sin intervención extranjera: ni europea, ni espiritual ni de ninguna naturaleza. «Primero la patria», sostenía aberradamente el Comité pro Depuración de la misma.

El malestar empezó a manifestarse de diferentes maneras. Hojas volantes se metían por debajo de las puertas denunciando al ser foráneo como un peligro tanto para la chica como para la patria grande; defender el terruño era defender la nación entera de extranjerismos impertinentes. Otras hojas mimeografiadas revoloteaban por el mercado y la plaza como mariposas blancas, azules y rosadas, preñadas de patrióticos mensajes. Hasta un afiche hizo acto de presencia en los muros y paredes, llamando a cerrar filas en defensa del gentilicio, la idiosincrasia y

el interés nacional. El sanjoseísmo a ultranza se convirtió en un sentimiento—¿o ideología?— general que fanatizó a mucha gente. La idea de tomar por asalto y sin contemplaciones el Abasto Pietro, después de las ocho y media pe eme, caló en el ánimo popular aunque por muy distintas razones: en unos por chauvinismo y/o xenofobia. En otros, por curiosidad. En otros para terminar de una vez por todas con el misterio y la incertidumbre. En otros, por inconfesables intenciones. Y en último sector por el lógico y psicológico fenómeno del contagio. El misterio de la puerta que se cerraba a las ocho y media de la noche se iba a desmadejar prontamente.

El Comité pro Depuración de la Patria, en su mayoría integrado por comerciantes y pulperos, tomó la dirección del movimiento. A las nueve de la noche del martes trece de abril la gente se fue congregando en la Plaza Mayor (llamada así sin ninguna razón porque era la única que existía en S.J.). Uno del Comité se montó sobre una tarima improvisada y arengó a la poblada. Coraje, sobre todo coraje, reclamó. Citó la gesta libertaria y recitó un oportuno poema de un poeta nacional asesinado hace algunos años por un polaco infiltrado. Recordó lo que hicieron los bárbaros con la cultura romana y se extendió en un interminable rosario de casos en que el cáncer extranjero había carcomido la carne nacional. Mucha gente no entendía muy bien qué tenía que ver Pietro con todo eso pero se quedaba allí como quien presente la inminente llegada de una explicación. Otros, en cambio, se mostraban resueltamente enardecidos. Un viejo que decía estar seguro de que Pietro era un pernicioso y redomado brujo —enviado del infierno sobre San José—, llevaba en la diestra un cuchillo de plata para hundírselo en el

pecho, pues de otra forma no moriría. Los del Comité pro Depuración llevaban pistolas de alta potencia y una soga para guindar al italiano, portugués o híbrido que tantas malas noches les había provocado.

De todas partes, por las vías que desembocaban en la Mayor, llegaban más y más personas. Se respiraba realmente un aire cargado de indignación. Los comerciantes y pulperos no se alborotadas por un invierno inexistente, revoloteaban sobre las cabezas desgrefñadas llevándoles un mensaje de honor y un canto de guerra. ¡Patria sí, extranjero no!, se escuchaba de cuando en cuando. Rigoberto le pedía calma al pueblo y autoerigido en líder, desde lo alto de un poste de la luz eléctrica e iluminado por un farol que le daba matices carismáticos, gritaba chillonamente: «¡Muerte al pájú! ¡Que no se siga mancillando el buen nombre de nuestras matronas!». Y como allí quien no era matrona tenía madre o esposa o hermana o tía, la arenga de Rigoberto fue la que más agitó a la poblada y la convirtió en una turba incontrolable que partió estruendosamente hacia el abasto de Pietro.

La puerta del fondo se abrió y ante la primera hilera de ojos criollos, apareció un espectáculo incomprensible: Pietro le daba latigazos a docenas de muñecos de goma que se movían sobre un mapa de plástico del tamaño de la sala. Era el mapa de Italia, cuyas ciudades eran valientemente defendidas por Pietro de una invasión de bárbaros guerreros sanjosenianos. Pietro, con pieza de artillería, los rechazaba hasta lanzarlos al mar. Al mismo tiempo les gritaba como alucinado, con desgarrante fanatismo: «Cobardes, maricones, peleen ahora que están en Italia, no y que son muy machos!». Pero como hablaba en italiano la gente no comprendía a Pietro que no se daba cuenta, en

su euforia de mariscal victorioso, que era observado por muchos ojos desconcertados. Los muñecos extranjeros eran desparramados por todas partes, más allá de las fronteras de Italia. La defensa era cerrada, sin tregua. «La guerra es la guerra, carajo», le gritaba Pietro a los maltrechos muñecos invasores.

«Está loco e bola», murmuró alguien. Inmediatamente Pietro se volvió y descubrió al gentío. Se arrepintió de haber descuidado la retaguardia. Lo habían invadido por el sur, pero un orgulloso descendiente de aquel célebre guerrero que atravesó los Alpes no se daba por vencido así no más. Al grito de traidores, cargó contra los invasores —ahora sí de carne y hueso— pero una descarga cerrada lo lanzó más allá de donde yacían derrotados los inermes muñecos extranjeros, casi contra la enorme puerta de hierro que más nunca sería cerrada a las ocho y media en punto de la noche. En el acto, un cuchillo de plata le atravesó el pecho, buscando ensartar poderes ocultos en malignos tumores imaginarios. Dando uno, dos, tres traspiés, los ojos sorprendidos, una sonrisa de dolor e incompreensión en la boca, regresó a su trinchera y carente de fuerza, se dobló sobre el gran mapa con forma de bota. Un río de sangre recorrió toda Italia, desbordó sus fronteras y pagó su tributo a la tierra extranjera.

EL HUECO  
DEL HEXAEDRO



...el futurólogo asegura que el encontronazo será terrible. El paquete de las ambiciones hará saltar los lazos que lo atan y el Gran Humo cubrirá gran parte del planeta. Millones de personas morirán como millones de hormigas aplastadas bajo el pie ocioso. No será en agua, no será en candela, pero será la gran lección que en dos oportunidades ha resquebrajado la historia sin haber sido suficiente para el escarmiento. Será pues la tercera gran lección o como dicen los crudos, la tercera guerra inevitable, el apocalipsis otra vez. . .

—¿Baja?

—Sí, baja —dijo la vieja ascensorista sin despegar la vista de *La Atalaya*—. Este mundo está loco de metra, y que la tercera gran lección, dígame usted y que bajo el pie ocioso, dígame usted y que el apocalipsis otra vez, dígame us. . .

—Pura cienciaficción, no le haga caso, misia —le aconsejó un joven entre unos catorce y quince años—. Pura coba.

—¿Usted qué sabe? —la vieja lo planchó con la mirada—. Se trancó esta porquería otra vez, ¿usted qué sabe, ah? ¡Párvulo!

Al entrar Raúl Rojas, las dos puertas del ascensor se juntaron con repugnante coquetería tecnológica y no habían bajado más de un piso cuando —una lucecita

roja se encendió en alguna parte— el aparato se detuvo bruscamente, cortando así la artillería de insultos que la lectora de *La Atalaya* pensaba descargar sobre el alma del párvulo. Las seis personas que de súbito se encontraron encerradas en el hueco del hexaedro, colgando de dos guayas en el piso 16, se miraron aprensivas y con la mirada juraron solidarizarse hasta la muerte. El párvulo, sin hacer caso al epíteto de párvulo que acababan de endilgarle gratuitamente, se puso a mirar la araña que perseguía a la araña que cazaba a la mosca. Iba a tener diversión para rato, hasta que llegaran los bomberos, si es que llegaban. «Un show arácnido», pensó. Un español de cabello cano miraba a la ascensorista como a un pájaro de mal agüero, pues estaba convencido de que el ascensor se había trancado por estar ella leyendo vainas apocalípticas de futurólogos y fin de mundo. Raúl Rojas estaba literalmente pegado del botón que precedía a la frase: «En caso de emergencia apriete este botón». En el piso yacía una dama, si estaba desmayada o muerta eso lo determinaría el forense allá abajo, cuando llegaran a PB. Otra mujer, de treintitantos años, que dijo llamarse Julia, completaba el pasaje hacia la planta baja o hacia la asfixia colectiva, todavía no se sabía, habría que esperar.

. . . todo sucederá como consecuencia de la imperfección del género. Una noche, Marte, el porfiado dios de la guerra, cruzará el espacio en forma de cometa y su risa nuclear conmoverá negativamente a los guardianes del átomo, quienes abrirán las puertas a las fieras hambrientas de catástrofes para que arrojen sobre las razas su vómito de hidrógeno, de plutonio y cobalto, será terrible. . .

—Carajo —gimió el español compungido—, ¿se quiere usted callar, señora, quiere dejar de leer esa porquería agorera, quiere?

Pero la ascensorista no suspendería su lectura. Ahora la araña que cazaba a la mosca se dejaba venir de medio lado, moviendo los pelos de las patas imperceptiblemente, hecha la sueca, mosca, siempre de medio lado, como quien no quiere la mosca. La mosca chupaba algo cerca de la letra I, paterolo, como si ignorara la presencia de la araña ahí, sobre la A, esperando nada más llegar a la última S para saltar, zuás, saltar. El párvulo seguía los delicados movimientos de la araña enternecido y con interés: «Y pensar —pensó— que todo es por procurarse la alimentación, todo ese teatro por el alimento (cena de mosca), y la mosca todo ese riesgo por el alimento también». El párvulo estaba de verdad emocionado, solidarizado con las arañas y a la vez con la mosca, extraña solidaridad, aunque estaba convencido de que al final se impondría la aplastante teoría darwiniana, qué hacerle. A lo lejos, la otra araña observaba, planeaba algo; el párvulo miraba.

El ascensor no daba pararriba ni parabajo, lo que se respiraba se estaba tornando un poco raro, el calor ladillaba. Rojas quitó el índice derecho del botón y apretó con el de la mano izquierda, oportuno relevo para evitar la ampolla en la yema. La Julia contó cómo la otra vez se mataron varias personas —por desprendimiento de las vísceras—, cuando al ascensor de la Torre Pil se le reventaron las guayas. Y eso que no estaban trancados en el piso 16 sino en el 10. Eran las cinco de la tarde y siete personas se habían quedado trancadas en el 10. Afuera y en todos los pisos se dejaba oír la alarma desesperada, como se debe estar oyendo ahora. El tráfico estaba embotellado, lo que justificaba trágicamente la tardanza de los bomberos. Una frase subía y bajaba por toda la Torre Pil: «Están unos trancados en el 10». De repente la alarma se desgarró

en un chirriar profundo que se fue apagando como un lejano silbido decreciente. El breve silencio que siguió fue violado por el fuerte encontronazo del ascensor contra el suelo del sótano; hacia allá corrieron todos. Los bomberos, que terminaban de llegar justo a destiempo, se encargaron de sacar siete cuerpos con los órganos desgajados. «Las guayas no aguantaron el óxido del tiempo», concluyó un poeta venido a menos, «pobre gente ¿no?».

—¡Verga! —protestó el español—, primero la vieja ascensorista con su *Atalaya* y ahora usted con su negra historia inoportuna. Oh, Tenerife, quien tuviera una modesta barbería en una de tus modestas calles, Tenerife, oh.

«A español bien párvulo», pensó el párvulo.

La dama desmayada no daba señales de nada, el vestido se le había corrido un poco hacia los glúteos y la mirada del párvulo iba del glúteo izquierdo a la I, de la I al glúteo derecho y de este a la A. El párvulo rogaba que los bomberos no llegaran nunca, o por lo menos todavía, que no rompieran el embotellamiento cotidiano; ahora su mirada descansaba sobre un glúteo rosado. El párvulo rogaba. Y miraba.

En eso Raúl Rojas sale a la calle, se estira las solapas del paltó, mira hacia ninguna parte como cualquier actor de telenovela y se dirige hacia el estacionamiento mecánico. Toma su fiat y arranca para Los Chaguaramos. Un pitazo y Dulce sale corriendo del edificio, abre la portezuela y se acomoda a su lado, íntima. Rojas pone el auto en marcha y en fila hacia el autocine, no está dispuesto a dejar perder la oportunidad, ya varias veces ha dejado perder la oportunidad. Pasan *Lo que el viento se llevó*, no importa, de ninguna manera él va a ver la película, se metió en el autocine tan sólo para no dejar perder la

oportunidad. Dulce es más dulce de cerca, cerquita. Ella frustra frases ardientes que se deshacen apenas intentan salir de su boca, se deshacen letra a letra. Por fin Dulce lo aceptará definitivamente, en forma total; se terminó el amor por cuotas. «Esta oportunidad no me la pierdo yo, de aquí para el hotel o no soy Raúl Rojas, o no soy». Dulce tiembla levemente como si de repente descubriera tesoros desconocidos de la carne, divinidades presentidas algunas noches a solas y ahora hechas realidad, explosiones sensitivas que en vez de dañar, agradan, satisfacen: «La felicidad, esto debe ser la felicidad», gime Dulce. Rojas siente el aliento tibio sobre el pecho y presente el hecho consumado. Sus dedos recorren los glúteos dulcíneos glotonamente, ondulaciones pronunciadas que dan paso a su mano, espuma de champaña derramada. Dulce y él, no hay nada que hacer y siente el aliento de Dulce sobre el pecho. Salen del autocine y se dirigen al hotel. Bajan del fiat fundidos en uno solo. «Esta oportunidad sí que no». Rojas levanta el brazo y aprieta el botón del timbre, aprieta y aprieta y mira a (la Julia) Dulce, golpea con el puño la puerta del hotel, golpea y la ascensorista que le grita:

—¡Carajo, a poco cree que el ascensor es suyo! ¿Es que piensa reventar la alarma? Paciencia, que por esos golpes los bomberos no van a llegar más rápido, adiós, no digo yo.

Sorprendido, Rojas quita el dedo del botón y maldice, ve la hora: 6 p.m., piensa en su mala racha: si ya casi iba a tomar el otro ascensor pero no, la mala racha, lo vio muy lleno y ahora se encuentra encerrado como un flamante estúpido. Seis de la tarde, oportunidad perdida, es la tercera vez que le echa el carro a Dulce. «Maldita sea, como es verdad que un ascensor puede cambiar todo el curso de un día, hexaedro maldito..., bueno, peor les pasó a los de la

Torre Pil que cuenta...», ¿Como dijo usted que se llamaba? ¿Julia? «Ah, que cuenta Julia, peor les pasó a esos», piensa Rojas mientras algo gelatinoso empieza a bajarle por la espalda, algo como una cucaracha húmeda.

Afuera, alguien comentaba como harían esos cristianos que estaban encerrados allí —o allá, arriba— para alcanzar de nuevo a Caracas y marchar con ella codo a codo. El gratuito comentarista sostenía que Caracas, ciudad jodía, andaba siempre como desesperada, impaciente, a una velocidad injustificada y absurda, de tal suerte que el presente caducaba en cuestión de un hola, de un adiós, un chao, un pestaño y el futuro se hacía presente con la misma facilidad que el pasado se hacía remoto. En el espacio, Caracas se salía cada vez más de sus límites, hacia afuera, como si se rechazara o huyera despavorida, de sí misma: autofuga (o fuga en auto) dolorosa y viciosa. En el tiempo, pegaba saltos espectaculares y anárquicos, corría hacia adelante con desesperado frenesí y más de una vez había retrocedido hacia el pasado intempestivamente —alguien la llamó la ciudad-cangrejo—, desorientada. Y los cristianos que estaban encerrados adentro ya le habían perdido media hora a Caracas, media-hora, tiempo más que suficiente para que la ciudad loca y divina hubiese experimentado la más formidable metamorfosis. Afuera: la vida a marcha acelerada. Adentro: la vida detenida en el hueco, frío y enrarecido, del hexaedro, oh pobres cristianos atrapados. Adentro: el párvulo pensaba todo lo contrario, la vida no estaba detenida en el hexaedro, incierto, falso de toda falsedad. Allí estaba la mosca corriendo con todos los riesgos para procurarse el alimento, allí cerca de la I de la palabra OVNI. Relativamente lejos, en la A de la palabra ASCENSORES, la araña hacía peripecias para atrapar

a la mosca en el momento preciso o a su debido tiempo, todo un rollo para procurarse el alimento. Más allá de la placa de aluminio que decía: ASCENSORES OVNI, la otra araña cazando a la otra que cazaba a la mosca para saltarle encima y hacerle el coito, tramando toda una estrategia, para asegurar la reproducción de la especie, para perpetuarse en las arañitas que nacerían luego, y si todo eso no era vida ¿qué carajos era entonces?, se preguntaba el párvulo una y otra vez. No se podía joder tanto la paciencia con Caracas; ni la paciencia ni la ciencia.

Oh ridícula Hiroshima, oh diminuta Nagasaki, ya no será un hongo de fuego desafiando al cielo, no será la sombrilla incandescente adornada de brazos mutilados, de incrédulos ojos sorprendidos, de gargantas atadas por un solo llanto incinerado, oh no. Será el rayo invisible, la asfixia universal, toda la sangre de todas las arterias de todos los hombres convertida en combustible: sangre-petróleo, sangre-uranio, sangre-H. Oh, el hombre, criatura imperfecta y desgraciada; oh tú, lector. . .

—Madre, madre, madre mía —balbuceó el español estrangulando un llanto—, por favor, coño.

Ahí España se acordó que llevaba un pequeño transistor japonés en el bolsillo de la chaqueta. Lo sacó, lo prendió y se lo incrustó inmisericorde en el pabellón de la oreja izquierda para no escuchar a nadie más. Por Franco, a-nadie-más y la Gracia Divina. No escucharmasnuncanada. No volver a oír a la vieja ascensorista. Ni a la tal Julia del infierno. Ni a ningún apocalíptico más que se escondiera en *La Atalaya* tras un seudónimo hindú. No escuchar sino al radiecito de pilas. «Para los demás soy la sordera absoluta y hecha carne, soy», se juró.

El pensar en Dulce había deprimido tanto a Rojas que tocaba la alarma por pura inercia. Escéptico, bajó la vista y tropezó con los glúteos de la dama desmayada y algo caliente le ascendió por el esófago; siguió mirando y sintió el codo que le golpeaba las costillas; fue a ver qué era y se encontró con la mirada solidaria del párvulo, con el guiño del ojo del párvulo.

—Le debería dar vergüenza, tarajallo —la mirada de la tal Julia fue disolvente.

—¿El qué, señora, decía? —Rojas puso cara de arcángel.

—Nada, enfermo.

Rojas apreció entonces la generosa geografía de la Julia y comprobó que, a primera ojeada, estaba mejor distribuida que Dulce, pero pensó que sería una fiera: si apenas lo terminaba de conocer en tan penosas circunstancias y ya lo estaba celando de una pobre dama desmayada, quién las comprende. En eso, inesperadamente y previo redoble de fanfarria, el transistor reventó en el oído del español: Tlin-tlan: HE AQUÍ LOS TITULARES DEL DÍA —tlin—: Kissinger amenaza con guerra nuclear si le esconden el petróleo —tlan—. Eligen esta noche a Miss Venezuela —tlin—. Violada niña de tres años por monstruo de Ojo de Agua —tlan—. Pitonisa italiana de prestigio mundial anuncia el fin del mundo para navidad —tlin—. Manchetas: Aguas negras en La Dolorita, Petare —tlan—; No hay escuela, ni agua, ni luz, ni asistencia médica en las Brisas de Propatria —tlin—; Cacos y zagaletones en la Plaza Miranda —tlan—; Inservibles los ascensores de Caracas —tlin, click.

Rojas y el párvulo sujetaron al español antes de que cayera sobre la dama desmayada. El párvulo soltó al

español y se apresuró a rodar un poco a la dama desmayada para darle cupo al español desmayado. «Si esto no es vida, ¿qué carajos es entonces?», se decía el párvulo mientras acomodaba a la dama desmayada y sentía la carne fresca de sus senos tibios en la cómplice palma de sus manos. Al darse cuenta de que la ascensorista lo miraba feo, con una mirada victoriana, soltó a la dama y volvió a su puesto de observación de las arañas y la mosca. Por cierto que la araña que cazaba a la mosca ya estaba en la primera E de ASCENSORES; a esa distancia el salto sería definitivo y la mosca que no se daba cuenta, la mosca que va a ser disecada, convertida en una momia de mosca y todo por no darse cuenta de que la araña en la E está demasiado cerca, a un salto apenas. Pero la otra araña tampoco ha perdido el tiempo y está a un pelo de la A, lista también para el gran salto del asalto al sexo; extraño suceder en el hexaedro colgando de dos guayas.

—El futurólogo —la ascensorista ya no lee, comenta— no se puede equivocar, la tercera guerra es un hecho. Fíjense ustedes que anunció la muerte de los hermanos Kennedy (acontecimientos que debieron prever todos los pitonisos serios, que se precien), el terremoto que junto con Somoza acabó con Managua (ídem) y la caída de muchos aviones y presidentes, siempre pegándola. Él es un científico serio, señores, ¿qué se creen ustedes? Trabaja con los astros y la parapsicología, es un vidente iluminado por los dos anillos de Saturno; el fin del mundo es un hecho, ahí no hay pele posible.

El español no escuchó nada.

—Pura cienciaficción —el párvulo sostuvo sin pestañear la atroz mirada de la ascensorista—, puros mojones pseudocientíficos, misia, no se los deje montar, no se deje.

De súbito, Rojas soltó el botón. El hexaedro donde estaban metidos empezó a bajar, con un movimiento tecnológicamente normal, sereno. La Julia llenó todo el hueco del ascensor con una carcajada histérica de pánico contenido. El español desmayado se levantó, no estaba desmayado sino que todo había sido un deseo suyo bien fingido, miró a la ascensorista que lo miraba y sus miradas encontradas fueron como dos osos enemigos que se abrazan. La dama de los hermosos glúteos seguía desmayada, no daba señales de nada. Al párvulo, una nubecilla le ensombreció la cara, se puso triste. Para él, todos estaban de lo mejor allí (o no peor que los que llevaban horas embotellados en el maremágnum automotor de la ciudad), todos solidarizados en el hueco del hexaedro, ¿por qué entonces esa prisa por bajar? Pensó: «El joder de los bomberos».

El ascensor se abrió con melosa coquetería tecnológica. Dos bomberos sacaron a la dama desmayada, esta parte no se la iba a perder, con la abnegada ayuda del párvulo. Rojas y la Julia salieron juntos, a concretar algunas miradas acaso, tal vez a hacerle el quite a Dulce. El español desapareció, nadie supo cuándo, dejando su juramento de regresar de inmediato a Tenerife retumbando en el hexaedro, que ya no era tal porque al abrirse había perdido una de sus caras pero. «A ponerse codo a codo con Caracas», repetía en la PB, como en un bis interminable, el comentarista gratuito. El párvulo desde afuera miraba hacia adentro. Vio a la araña saltar, zuás, y caer sobre la mosca. Casi simultáneamente saltó la otra araña, zuás, y cayó sobre la araña que cayó sobre la mosca. El párvulo miraba enternecido. Una mosca moría procurándose el alimento, debajo de un coito arácnido, oh destino burlón. Una

araña disfrutaba del coito; la otra gozaba la comida y el coito a la vez: alfa y omega de la vida animal. Si la dama desmayada hubiera sido araña y él también. De seguro Rojas y la Julia ya estarían convertidos en dos arañas.

La ascensorista le gritó:

—¡Sube, párvulo!

—Pura cienciaficción —saltó sorprendido—, mojones lo del futurólogo, misia, vea las arañas si no.

La ascensorista vio las arañas y de inmediato cerró la puerta con franca descortesía, yéndose hacia arriba en el otra vez hexaedro. El párvulo dio media vuelta y se encontró de frente con Caracas, sin saber si todavía, en cuarentitantos minutos podían haber sucedido muchas cosas, era el presente o si ya la ciudad estaba en el futuro, de seguro habían sucedido muchas cosas, las arañas, por ejemplo, la mosca.



CEROTE



¿A dónde va el niño de apenas diez años con esa gorda y pesada culebra enrollada en el cuerpo, dando traspiés como un borracho y bamboleándose al igual que los seis cargadores que parecen divertirse meciendo la urna del amigo muerto? ¿A dónde con su extraña carga, por solitarios caminos de día y de noche, sudando permanentemente y con los ojos lagrimosos y hondamente tristes y tristemente rojos? ¿A dónde y quién y qué lo espera en la próxima noche o en el siguiente amanecer? ¿A dónde. . .

...va, holgazán como flaco y verdoso y jipato, transitando a la deriva, en un zigzag alocado, caminos y veredas, villas y villorrios, bamboleante y sin norte, con la larga y somnolienta culebra enrollada en el cuerpo y su cabezota rozando con la vítrea cabeza del ensalmado ofidio, camino de quién sabe?

Como un aparecido va, como una extraña criatura mitad niño mitad culebra, por todos los caminos, va.

Su sonrisa es agradable pero su risa, chocante, porque deja ver unos dientes negruzcos, atrofiados, de ratón. Tiene vagos los ojos de animalito asustado, de pájaro maltrecho. Desganada, la voz le sale flaca, enclenquecida por hambres atrasadas, intrauterinas, heredadas. Ensartijado, sucio y abundante, el pelo es lo que tiene más cercano a la fuerza, a la vida; en cambio las canillas son como dos cables y los brazos, alambres, hambre, calambre.

Nunca ha visto la luz en su color natural, plena, a plena luz, porque su fuerza visual no alcanza a disipar una niebla persistente, motas de algodón en el aire, tenues colores que nunca llegan a manifestarse vivamente. Por eso, después del mediodía, la noche cae de seguida sobre él y jamás ha podido ver, contemplar, vivir la tarde, ninguna tarde, ni siquiera las del abril pasado que fueron tan plenas en colores, matices, crepúsculos, deslumbrantes tardes de esplendor y de luz. ¿Y una mañana, un amanecer? Nunca. Siempre el mediodía neblinoso, borroso, desmayado y la noche sobre todo, constantemente allí, como acechándolo.

Respondía todo él a un nombre demasiado largo y pesado para llevarlo completo, Juan José de Dios y de Jesús, por lo que la gente, para no cargarle mucho la atención, lo llama Cerote y él aceptaba tranquilo el sobrenombre.

Cerote empezaron a llamarlo en la escuela desde la primera vez que lo miraron sus compañeros, todo por culpa de la maestra. Media hora después de la campana de entrada, se asomó a la puerta del aula como espantado. «Budía», fue lo que alcanzó a decir y risas. Sus nuevos compañeros se volvieron hacia la puerta y allí descubrieron las dos canillas que salían de unos pantalones chucutos que parecían más anchos de lo que en realidad eran. Y risas. Descubrieron también una cara sin ojos o con los ojos demasiado hondos, amarilla como la de un chino y casi transparente. Y risas. Descubrieron aquel par de brazos, bracitos, que colgaban de unos hombros huesudos y caídos. Y risas. «Budía», repitió débilmente y risas otra vez.

Desde el cielo, al menos él creía que estaba en el cielo, la maestra le dijo que pase mijo, venga acá y ustedes se callan, mal educados. Lo miró un rato y luego le dijo que de ahora en adelante debía bañarse todos los días antes de

venir para la escuela, porque si no, esos cerotes que tenía en el pescuezo y en todo el cuerpo se lo iban a comer. Los alumnos captaron la palabrita y rieron por lo bajo e hicieron circular un papel de recibimiento: «Vienbenido Zerote». Y su nuevo nombre llegó hasta su casa y corrió por todo el pueblo y ya lo llevaría por toda la vida.

Pero eso de bañarse todos los días no iba a poder ser, le dijo su padre, qué se cree esa maestra. El barril de agua había subido y si la maestra tenía dinero para bañar a sus hijos todos los días, él no, además de que no hacía falta. Con bañarse los lunes y limpiarse con un trapo mojado los demás días era suficiente y mucho. Y así fue. Pero los cerotes seguían allí, como grandes lunares que le brotaban de todo el cuerpo, lo que por lo demás a él le importaba poco. Más le preocupaban los que tenía por dentro porque esos sí dolían. Y cuando le hablaba a su papá de esos cerotes del estómago y las tripas, este le decía qué cerotes ni cerotes, muchacho pendejo, ese es el hambre que te está jodiendo todo, los calambres.

Otra cosa para terminar de remachar su apodo fue cuando la maestra mandó llamar a su mamá para entregarle la boleta. En aplicación: cerocinco; en aseo; cerocinco, y en deporte: cerocinco. Cerote es un problema. La maestra le dijo una catajarria de cosas que la pobre señora ni entendió. El padre sí lo reprendió pero Cerote se quedó en cero, no dijo ni jota, mirándose a los pies.

«¿Qué hace ese muchacho detrás de esa pared? ¿Qué hace ese muchacho escondido allí?», se preguntaba la gente. Porque cuando el viento soplaba fuerte Cerote se escondía detrás de los postes del alumbrado porque creía que era verdad —lo que la gente decía: «muchacho, te va a llevar el viento» —que en uno de esos ventarrones podía

salir volando como un papagayo y perderse entre las nubes, cerca del sol, por encendidos cielos; lo creía de verdad y por eso se ocultaba. Aunque unos más, otros menos, todos se parecían al pueblo, la suya era la estampa más fiel al triste cuadro de las casas viejas, de las calles solas cubiertas de tierra amarilla, de las bodeguitas insurtidas atendidas por viejitos cansados e irreales: él cuadraba armónicamente en ese cuadro de abandono y polvo, de perenne pobreza y de flacos perros que aullaban igual al sol y a la luna. De noches silenciosas. De fiebres y sarampión. Pasaba Cerote por esas calles con la suavidad de las hojas al viento, temblando como las transparentes alas de los caballitos del diablo, triste, lento, imperceptible, sin aliento caso. Pasaba con el miedo de que viniera un viento fuerte y se lo llevara volando por misteriosos cielos como un papagayo. Pasaba. Temblaba.

Su memoria no le daba más que para recordar, borrosamente, los acontecimientos del día anterior; luego, a los dos días, los olvidaba definitivamente. Tampoco tenía fuerza para pensar en el mañana, vivía detenido en el presente. Sólo cumplía a cabalidad una actividad y eso cuando dormía: soñar. Sí, ya dormido, entraba a habitar mundos maravillosos, felices, de los que no le quedaba el más tenue recuerdo al día siguiente.

De agosto, sólo un día quedó indeleble en su memoria; fue para Cerote un día grandioso, en el que vio el espectáculo más formidable de su vida; fue aquel lunes en el que todo el pueblo fue fumigado con DDT. Desde su casa vio a los hombres con cascos anaranjados y máscaras extraterrestres desplazarse por todas las calles, él siguiéndolos de cerca, mientras regaban todo con un líquido blanquecino que salía como polvo.

Después que se marcharon los fumigadores empezaron a morir los ratones y las cucarachas y los algarrobos y los tuqueques y los chipos y él hizo una gran colección de animales muertos. Le pareció que de repente el mundo de los animales le pertenecía. Asistió a la súbita mortandad con asombro y deleite. Por primera vez tenía algo suyo. Todos aquellos bichos muertos que iba encontrando a su paso le pertenecían. Y también por primera vez pudo jugar a los carritos arrastrando el cuerpo de un ratón muerto al que le ató una cabuya del rabo. Algunos días después los ratones se pudrieron y su madre le botó las cucarachas y las hormigas rojas se comieron a los tuqueques y algarrobos pero ese día de fumigación y juguetes propios no lo olvidaría nunca Cerote.

El primer sábado del enero lluvioso, Cerote regresaba con una bolsa de vituallas del mercado viejo cuando escuchó los gritos del curandero y amansador de culebras, el Indio Conopoima, viejo errante de todos los caminos que de temporada en temporada pasaba por el pueblo vendiendo ungüentos, raíces y pomadas, buenos para curar todas las enfermedades y males que en el mundo existen. Cerote lo escuchó y atraído por sus maravillosos anuncios y promesas milagrosas se acercó a la asombrada rueda de curiosos que lo oía en crédulo silencio. Indio Conopoima hablaba de las fiebres caseras, de los tumores del pasmo, de la tos lunática, del reumatismo longevo, de la artritis irrestricta, de la hinchazón vientral, de las secas sobaqueras, de los maldeojos violentos y de todas las enfermedades que con otros nombres azotaban a hombres, animales y plantas. Admirado, Cerote lo estuvo escuchando, las vituallas debajo el brazo, hasta que lo vio vender el último frasco de manteca de delfín y la última botella de ron de

morrona. Cuando recogía el dinero Indio Conopoima lo descubrió y sin más, le preguntó si quería ser su secretario: tendría ropa y comida y algunos cobres siempre en el bolsillo y aprendería el oficio. No se sabe si Cerote dijo «sí» o «no» pero lo cierto es que se les vio marchar a los dos juntos, ambos echaron a andar hacia las afueras del pueblo, Indio Conopoima adelante con su ancho maletín marrón de brujo y curandero y Cerote detrás, tambaleándose porque casi no podía con la enorme culebra que el Indio le enrolló en el pescuezo y en todo el cuerpo, yéndose de aquí y de allá como un borracho, comiéndose un pedazo de pan que su nuevo patrón le dio como adelanto y perdiéndose para siempre del pueblo, camino de oriente, rumbo del sol.

A sus padres les contaron que Indio Conopoima embrujó al muchacho y se lo llevó, y que parecía una cosa rara caminando hacia el sol, en zigzag, envuelto en los ceros que a su alrededor formaba la lúbrica y descomunal culebra, y comiéndose un pan. Y les dijeron que a lo lejos no se podía distinguir cuál era la cabeza de Cerote y cuál la de la culebra y que más bien, niño y boa, parecían un solo animal con dos cabezas que caminaban torpemente hacia el sol, debilucho y borracho. Los padres de Cerote escucharon todo sin decir nada y después bajaron la cabeza, sin decir nada. Nadie sabía que ellos mismos le habían vendido Cerote a Indio Conopoima por unos cuatro reales y no se sentían muy bien y les molestaba la conversación de la gente porque lo hicieron por el bien de todos pero no imaginaban que Cerote se iría del todo. Esa misma y por todas las noches sucesivas Cerote se les metería sigiloso en el sueño a los dos y empezaría a contarles raras historias, extrañas e incomprensibles historias, incongruentes historias con su lengua viperina de culebra ensalmada y viajera.

SÁBADO  
QUE NUNCA LLEGA



Él se entiende con las ratas, los zamuros y los lazarianos perros en un tácito pacto de no agresión, violado al menor descuido de una de las partes. Allí, la geografía empieza con un hedor que golpea a leguas en el estómago y llena de ruidos intestinos la vaciedad de las tripas. Luego vienen papeles sucios más o menos aislados y montoncitos de basura esparcidos aquí y allá. Finalmente está la gran montaña de desperdicios, residuos de ropas viejas, restos piches de comida arrojados desde los más opíparos banquetes sociales y todos los excrementos e inmundicias metropolitanos arrumbados en ese lugar que desde hace catorce años es su medio de trabajo, de vida y seguramente de muerte.

De todo ese cuadro, el abuelo de Noel es apenas un matiz, o acaso, parte misma del paisaje, visión dantesca del costado más pestilente del apocalipsis, donde las ratas roen asquerosamente, las cucarachas corren asquerosamente, los zamuros picotean asquerosamente y él roe y corre y picotea asquerosamente. Pero entre ellos todo es normal, la mar de normal. El viejo se mueve entre los promontorios de basura con la premura de las ratas, escarba con la ansiedad de los zamuros, apesta a mugre y pudrición y con los perros rojos de sarna devora restos de alimentos salpicados de gusano y detritus. Su tuberculosis es el espejo interior de lo circundante, sus pulmones un ojo de agua en sus entrañas

pero ni eso, ni los rayos de sangre que cruzan sus esputos, ni el dolor que le daba vueltas en la espalda como una espiral que crece-se achica-crece, ni la vida ni la muerte le importan algo. Total, fue voluntad propia hundirse en el infierno o voluntad divina o voluntad social, qué más daba, un día cualquiera amanecería muerto y eso lo saben los animalejos que siempre están rondándolo, esperando no más que se doble sobre el desperdicio para destriparlo y beber la supuración de su cuerpo vuelto carroña, noche, asco. Él también lo sabe y rencoroso algunos días la coge por matar ratas y buitres para vengarse por adelantado, pero sabe que nunca va a terminar con sus repugnantes comensales, que nunca va a terminar sino consigo mismo, que nunca va a terminar.

«Esos gusanos me recuerdan a mi padre borracho, así mismo entraba el viejo a la casa cuando estaba borracho, que era siempre borracho, arrastrándose por el corredor, dejando un hilo de baba por donde pasaba con su hediondez hasta llegar al cuartucho de madre y bañarla de hedores y maldiciones de borracho arrastrado, borracho gusano, borracho baboso de siempre».

Lo que consigue bajo los escombros, lo que consigue de alguna utilidad —unos platos, una cafetera, un despertador, una cuna— lo vende en Caracas a los revendedores de infierno al detal y con el dinero compra su carterita de caña blanca, un bolívar para el nieto Noel y regresa a Ojo de Agua como un bumerán al lugar de donde lo lanzan. Ojo de Agua es todo el día un perenne zumbido de moscas y mosquitos, un salir brumoso y pestilente de humo, un aletear torpe y grotesco de zamuros y un toser y toser, cavernoso y profundo, del viejo tísico que busca un juguete para su nieto. Es Ojo de Agua, visto desde lo alto, una

enorme llaga en la piel de la tierra, una lepra supurante en la nalga blanquecina de Caracas, un gargajo del infierno.

Noel le vino a la memoria cuando descubrió el carrito plástico asomado por entre el pequeño promontorio de trapos viejos y húmedos. Recordó entonces cómo tenía que estar despegándolo de las vidrieras durante sus paseos sabatinos por la ciudad. Noel se pegaba como una estampilla a los vidrios de los escaparates comerciales y los empañaba con sus sueños y se hacía dueño de todos los juguetes con los ojos y con la esperanza de que llegara el sábado que nunca llegaba. Él lo jalaba fuerte, casi lo arrastraba y en las vidrieras quedaban agrandados los ojos inventores de sueños de Noel. Por la noche, el cuerpo del nieto andaba como sonámbulo por toda la casa porque el pensamiento y los sueños y la imaginación se habían quedado abajo, en la ciudad, enmarañados entre un montón de muñecos imposibles, trenes eléctricos, yoyos y perinolas. Perinolas de verdad, Noel.

«¡Que te vayas a acostar, muchacho del carajo!»—Es que yo quiero el carrito rojo, abuelo—. «Está bien, pues, el sábado te lo compro».

Y Noel se iba a acostar para soñar toda la noche con el sábado que nunca llegaba que todo es un cuento del abuelo, que tan viejo y metiendo embuste. El sábado le amarraría una cabuya al carrito rojo y andaría por todo el cerro cargando tierra, haciendo remolques, renovando contratos y echando gasolina en las estaciones que atienden hombres vestidos de rojo. Por fin se terminaría su tiempo de jugador de metras para ascender a una categoría superior en la escala de su ocio infantil. Después vendría el encendido del motor con la boca: runnnnn, run runnnn, runnnnn y a viajar se ha dicho por todas las

ciudades desconocidas del mundo, por todas partes, Noel manejando con su veteranía de chofer de sueños.

Ahora el abuelo está frente al carrito rojo, bajo el sol asqueado que seca y reseca los gusanos sobre la carne podrida, y se imaginaba a Noel deshaciendo carreteras con su carrito de plástico. A su alrededor todas las especies de alimañas entran y salen por los infinitos intersticios de Ojo de Agua, en un festín de seres repugnantes que se regodean en su reino de pudrición. Una nube pasa, le tapa la nariz al sol y el viento se vuelve y se revuelve con náuseas. Allí: una vieja desgarrada, con las tetas cansadas, metiendo la diestra en un pote de macarrones piches, que parecen tener vida y se le engarzan en los dedos. Al lado: un niño de diez años —poco más, poco menos—, hundido hasta la cintura en trapos orinados y esperanzas caducas, que busca una franela, una camisa o cualquier cosa que sirva para amortiguar el frío de diciembre, en medio de un remolino de moscas que no cesan de reír. Allá: un hombre pestífero a licor, adelantado al tiempo por el ron, huele un pan que está totalmente recubierto de una capa verdibabosa e impregnado de un hedor a basura, a cucaracha muerta; el hombre que se lleva un pedazo a la boca y comprueba que tiene un sabor ácido pero de ninguna manera repugnante. En eso, un zamuro que baja del sol, baja y baja, le arranca un trozo de pan y se aleja dando aletazos que suenan como golpes de pecho de un general de la guerra larga. El borracho sigue engullendo su pan sucio, su pan untado de musgo, su pan doloroso y de Ojo de Agua como si nada. Por allá: otra mujer, otro niño, otro borracho, otra mujer, otro niño y otro. Cucarachas que huyen de la nada con su antediluviana manía persecutoria, dejando por donde pasan pelitos de sus

patas como huellas de vómito. Ratas que roen y que ríen y miran a los humanos, reducidos a su misma condición, con una especie de desquite y venganza en sus bubónicos ojillos huidizos e hipócritas. Gusanos que entran y salen y entran otra vez, últimos vestigios de una vida cualquiera de animal que llegó a ser comida de hombre primero y luego residuo echado al desperdicio, mientras millares de manos flacuchentas se quedaban tendidas hacia el trozo de carne en una tragicómica danza del hambre. Más allá: basura, basura, periódicos viejos amarillos de tiempo, resoluciones oficiales en desuso, leyes dignas de mejor destino y libros de Historia y Geografía y Moral y Cívica caducos, con las hojas sueltas, húmedos de saliva y olvido. Y más allá todavía: la ciudad y sus ciudadanos, de donde traen a Ojo de Agua en grandes camiones seguidos por la orquesta de moscas increíbles y por los restos de hombres, mujeres y niños que salen de los socavones de la miseria cuales sombras fugitivas, cuales fantasmas incandescentes de hambre a pelear su subsistencia con los coprófagos, ratas y zamuros. Aquí: el viejo abuelo de Noel, con la trágica sonrisa de quien se burla de sí mismo, con una maldición fija en la mente como un disco rayado, el viejo caminando sobre el pus que secreta Ojo de Agua y sobre su mismo pus, el viejo frente al carrito rojo de Noel, pensando:

«Esos gusanos me recuerdan a mi padre, que borracho siempre se arrastraba igualito y bebía de la baba que iba dejando por donde pasaba hasta el cuartucho de madre que le gritaba borracho, hediondo, borracho de mierda, borracho miserable, borracho de siempre».

Luego se inclinó y jaló el carrito de plástico. Una nube de moscas se esparció por el aire y siete cucarachas paranoicas emprendieron instintiva huida hacia todos los

puntos cardinales. Las que cogieron hacia el sur fueron a dar con el dedo regordete que asomaba mugroso por su zapato derecho. El dedo se movió rabioso y las cucarachas huyeron hacia otros sitios. Al carrito le faltaba una rueda pero con una tapa de dumbó se arreglaba esa avería. Noel se cansa y recansa de arreglar esa falla, eso, para Noel, no era nada y más cuando supiera que el carrito iba a ser suyo, suyo. Con el viejo paltó el abuelo limpió de moho y musgo al pequeño juguete, una pulidita para la nave de Noel, un poco de saliva aquí y ahora dale que dale, más saliva y dale que dale, chuf chaf y dale que dale y más saliva.

«¡Que te vayas a acostar, muchacho del carajo!»—Es que yo quiero el carrito rojo, abuelo—. «Está bien, pues, el sábado te lo compro».

Ahora Noel se daría cuenta que no lo engañaba con el cuento del sábado, Noel no se quedaría más asomado horas y horas en la ventana, mirando hacia la ciudad huidiza y luminosa con ojos impotentes, ahora Noel podría viajar a todos los pueblos que quisiera y no seguir nada más que pensando y pensando en el sábado que nunca llega, ahora Noel iba a saltar de puro júbilo, iba a correr sin parar, iba a querer más y más a su viejoabuelochocho porque le había traído el sábado que él creía que no iba a llegar nunca, que era un cuento del abuelo para tranquilizarlo, un consuelo no más.

La tos vino seca e inesperada a estropearle el momento de alegre alegría. El viejo no pudo andar mucho con su sábado embolsillado, con el carrito rojo plástico de Noel. Un frío gelatinoso se le apretó en el pecho y como una sanguijuela le chupaba la sangre. El tosía lo más fuerte posible y tosía y tosía con rabia y desesperación y tosía con dolor y tosía. Los ojos se le volvieron dos brasas

rojas envueltas en un humor acuoso que se clavaron en el brincoteo agorero de los zamuros en torno al detritus desparramado por todas partes. La mano temblorosa de fiebre le llevó la carterita hasta la lejana boca y el líquido le dio más fuerzas para toser.

«Mi padre de noche se retorció y veía la jauría de perros rojos y las ratas y buitres que lo mordisqueaban y lo picoteaban y él se revolvía sobre su baba de gusano borracho hasta que madre lo despertaba entre insultos y lágrimas: qué es lo que te pasa, borracho del diablo, qué es lo que te pasa».

Primero salió una baba blanquesina que cayó sobre la rata más grande como una bendición del cielo. Después brotó una pelota de líquido negro y amarillo y más atrás vino la sangre a borbotones, vítrea y espesa, negruzca. Por dentro los pulmones le ardían al igual que la basura quemada y una columna de humo mortuorio le llegaba hasta la cabeza con un olor a incienso y azufre. La fiebre tenía la intensidad de catorce años de incubación y sólo el deseo de ver a Noel feliz, de verlo alegre con su anhelado sábado, lo unía a la vida o a la miseria de la vida o a su vida invivible como un hilo frágil que duele en todos los nervios. Sabía que lo que estaba arrojando eran pedazos de vida, pedazos de pulmones, sus pulmones ojos-de-agua-de-mierda. En esos pedazos de carne entreveía su futuro inmediato, su destino inminente o lo que lo esperaba al ver la disputa entre las ratas, los perros rabiosos y los zamuros por los trozos de su cuerpo. Pronto no podría respirar ese aire impoluto y pestilente de Ojo de Agua que, con todo, lo provee de un poquito de oxígeno que mal que bien administran sus vísceras deshechas. Y nada lo asombraba. Él sabía que un día cualquiera le iba a pasar

lo que le pasa ahora porque en Ojo de Agua, junto con la rata, el detritus y el cagachín, la muerte siempre anduvo cerca en sibilina ronda. La llevaba en los ojos dantescos, en el oficio macabro, en la tuberculosis que se le había metido en el cuerpo no sé qué día del carajo, en la tos seca y en los alimentos pútridos que ingería como el pan suyo de cada día. Llevaba catorce años comiendo muerte, tragando muerte a pedazos, digiriendo muerte y ahora esta se le presentaba, sin mayores sorpresas, a pasarle su cuenta ineludible de muerte. En mala hora, Noel.

Ahora Noel se quedaría toda la infancia esperando el sábado que nunca llega, Noel asomado siempre a la ventana, Noel con su runnn runnnn de todas las noches y los ojos despabilados vagando solos por toda la ciudad, más allá de la sábana de techos de cartón y hojalata. Noel soñando sueños imposibles, Noel utópico, Noel esperando el sábado que nunca llega, Noel, qué será de ti, Noel. Dio algunos pasos y sintió que los pies se le hundían en la basura, que miles de brazos de acero surgían de los escombros y lo aprisionaban con la fuerza de garfios infernales, que las inmundicias le subían hasta la cintura y no lo dejaban moverse. Sin embargo se movió siete largos metros, la larguísima distancia de siete metros. Ahorita pudiera estar en el sanatorio, rodeado de ancianos y esperando tranquilamente la muerte, pero eso no iba, nunca fue con él. Jamás rehuyó al trabajo y ahora estaba a punto de ser asquerosamente jubilado, luego de catorce años de dura brega en Ojo de Agua, entre colegas desleales y rapaces que sólo esperaban verlo doblarse definitivamente para lanzarse sobre él y que ya adelantaban parte del negro festín, para el que preparaban sus trompas, sus dientes y sus picos.

«Lo único que me da asco son esos gusanos que me recuerdan cuando encontré a madre muerta en el cuartucho y a su lado, balbuceando algo, a mi padre borracho, arrastrándose junto al cadáver, sobre su propia baba, hasta morir también de. . .».

Se sentó o se cayó o lo sentó la debilidad de su cuerpo y un alud de basura espesa, trapos, mierda, latas se le fue encima. Atinó a ver que, desde el sol, la nube negra bajaba aleteando y lanzando graznidos, la nube negra volando hacia su boca por donde seguía arrojando pedazos de órganos carcomidos. También notó que desde todos los huecos empezaron a salir, presurosas, las ratas, y que los perros rojos de sarna, hambrientos y rabiosos ya habían olfateado la muerte. Otro alud cayó sobre él y lo enterró en sombras putrefactas, aislándolo momentáneamente de los invitados del infierno. Cuando se vio acorralado, inmóvil bajo el montón de escombros, el aire faltándole angustiantemente, yéndosele, apretó contra su pecho el carrito rojo de Noel, el sábado de Noel que nunca llega.

Bajo la tarde, la oscura nube de zopilotes empezó a dibujar su círculo de muerte alrededor de la tumba del viejo abuelo de Noel, la tumba sobre la que vivió durante catorce años, bajo la que murió al declinar el viernes, de la que pasó a formar parte indivisible, llevándose consigo para siempre, el sábado de Noel que nunca llega.



NADIE TIRÓ LA TOALLA



*señoras y señores, muy buenas noches, hace frío aquí en El Poliedro, aficionados de todo el país. Promociones Internacionales y la Cabalgata Deportiva Gillette, en nombre de sus productos, ya subió al ring el retador, presenta, el público lo aplaude, el encuentro a quince asaltos por el título, la entidad de ahorro y préstamo, hicieron el mismo peso los dos contendores, se ve bien ese muchacho, ¿qué dices tú, Carlos? Sí, precisamente de eso quería hablarte, Luis.*

Lo vi desde el ring side, en su esquina, los codos apoyados sobre las cuerdas, la frente en alto, una leve sonrisa, el Himno Nacional, todos de pie; seguramente recordaba el telegrama del Presidente, «... su compatriota y amigo.... Presidente Constitucional de Venezuela»; un extraño brillo irisaba sus ojos, las fibras de la espalda centelleaban; abajo cadenas, gritaba el señor, porque el señor grita y los otros piden, siempre es así; tenía la vista fija en su rival pero no lo miraba, no miraba nada aunque el rival creyera lo contrario, recordaba más bien los elogios de la prensa, kilómetros de papel, bobinas y bobinas en centímetros por columna repitiendo su nombre, pensaba, sí, o repasaba mentalmente, letra por letra, su nombre estirado a ocho columnas, primera página, páginas centrales, cuatricromía fotográfica, adjetivos full-color: Agigantado, Imbatible. Único. Fuera de clase. Crecido. Sin contendor en la división. Sobrado. Hay campeón para rato. Nadie puede con él. Soberano absoluto. Monarca indiscutible. Virtuoso del ring. Zorro del ensogado. Estilista sin par. Siniestro pegador. Todo un espectáculo. Maestro del cuadrilátero. Artista de los coliflores. Atleta benemérito. Señor.

Lo vi desde el ring side. A mi lado, mientras comía sus malditas cotufas y reía, el gordo me preguntaba si estaba seguro del triunfo de mi apoderado. «No me preguntes pendejadas, gordo». El muchacho se había entrenado a conciencia; conocía bien el estilo de su rival, que le encajaba al suyo a la perfección; habíamos pensado que no le pasaría del quinto, pero coño, el boxeo, vaina seria, sobre el ring nadie sabe lo que va a pasar; bueno, al menos cuando las cosas se dejan en manos del azar y de los pugilistas. ¡Plammmmmmm! M-a-y-o-r-c-o-ñ-a-z-o.

Lo vi desde el ring side. Desde el ring side lo vi ascender y hacerse estrella; desde el ring side lo vi caer y el eclipse. Desde el ring side lo vi volver pero ya sabía lo demás, lo que venía.

*la mejor cerveza, atención, ya viene subiendo el campeón, bata escarlata con un enorme león atrás, pantalones blancos, botas blancas, exhibiendo el cinturón campeónil, mientras descansa nosotros pensamos por usted, los pugilistas oyen las instrucciones del árbitro (no se amarren, cuidado con la cabeza, cero golpes bajos) el gobierno democrático impulsa el deporte popular, distancia y categoría.*

Pateando perolitos uno se dejaba venir por la Avenida Bolívar, el policía te veía receloso, qué haces tú por aquí negrito, voy para el puerto, eñó, y se metía entre la gente, le decía adiós mi vida a la muchacha árabe de la quincalla, achataba la nariz contra las vidrieras y caminaba, caminaba, corría hasta llegar al puerto, la cola de carros esperando turno y con franela y todo nos tirábamos al agua, los señores que estaban arriba, en el ferry, gozaban viéndonos, la mano

se metía en el bolsillo, salía, nosotros no le quitábamos los ojos a esa mano, hacía como que tiraba pero no tiraba nada pero nosotros ya sabíamos el truco y, no caíamos, sabíamos que después de engañarnos un rato sí tiraba de verdad, la moneda salía como una chapa por el aire, ¿será un bolívar?, ¿serán dos?, ¿será un fuerte? y todos nos lanzábamos de puyón tras la moneda, todas las manos abiertas hacia el fondo del mar y ¡chaf!, el más vivo la agarraba, salía a flote, se la metía debajo de la lengua y volvía a esperar que la mano del señor saliera del bolsillo; ya yo tenía como siete bolívares debajo de la lengua, nadábamos, nos deslizábamos por los mecates, jugábamos toque hasta que la mano volvía a salir del bolsillo y ya de tardecita nos salíamos del agua y nos íbamos y allá en el barrio, en la equina, estaban reunidos los grandes y también Erasmo, el que nos ponía a pelear y al que ganara le daba medio o un real y ahí mismito nos fajábamos a darnos patadas y mordiscos pero Erasmo decía que no se valía mordiscos y a veces llegaba a la casa con los bolsillos llenos de medios y otras veces limpios y la boca rota y el cuerpo molido y para completar la calentura de mamá y el castigo y de noche a jugar escondido, las cuarenta matas, de cherif, de todo y el rugido del mar que va y viene, que va y viene y así se iba quedando uno dormido y cuando se despierta ya está grande, está metido en un ring, todo pasa tan rápido, es la cuarta pelea y todo el mundo lo aplaude y en el barrio lo miran con respeto y de pronto, un día, para Caracas con la selección del estado y más combates pero en el amateur no pagan nada, apenas el uniforme y la comida y la vaina sigue jodida y uno ve cómo ganaban plata los profesionales y se quita de pendejadas y, cataplán, pega el salto y empieza así a ganar billete, a aparecer por

televisión, por los periódicos, por la radio y le dicen a uno héroe, fenómeno, estrella y lo aplauden y lo ponen a firmar cuñas y lo invitan y lo llevan y lo traen y empieza a montarse en avión y estas son vainas que no se olvidan muy fácil y carajitas por todos lados y como tú no eres pendejo te llaman seductor y te citan a los tribunales y sales y otra vez en el ring, boxeador profesional al fin, y te entrevistan y das consejos a la juventud y eres ejemplo y modelo y el día menos pensado toda esa vaina se va al carajo y ya no te aplauden y te sacan el cuerpo y como esa vaina no se puede aguantar, tú te pones a entrenar escondido y juras que vas a regresar, ya van a ver, no joda, hoy hago sombra, mañana corro, gimnasio por la tarde, la dieta, el peso, nada de licor, nada de cigarro, nada de trasnocho, nada de aquello, gimnasio, dieta, peso, cuerdas, paralelas, sombra, sombra, sombra, van a ver, van a ver, van a ver

*¿quiere dejar de fumar sin dejar de fumar?, suena el gong, chiclets adams contra la caries, seconds afuera, se están estudiando los contendores y mientras el titular mundial, el de Venezuela, controla la situación, nosotros vamos a nuestros estudios para unos importantes mensajes comerciales, pero antes vamos a identificar: Guillermo*

—Eso es —gritó el entrenador—, mens sana in corpore sano.

—¿Cómo es la vaina?

—No te preocupes por eso, ya le sacaste sangre, martíllalo ahí, sobre la herida, sin clemencia, que se te rompan los guantes, que te estallen los pulmones, mens

sana, que te duela el alma, in corpore sano, tienes que perfeccionar un poco más ese gancho de izquierda, que encaje en el rival como un látigo, ese *jab*, vuélvelo a repetir, otra vez; el recto de derecha con más fuerza, fuerte a la quijada, para pulverizarla; no brinques así, te pueden coger en el aire y adiós aire; ponle más velocidad al *jab*, más velocidad, gira, tienes que aprender a caminar el ring, a desplazarte, rápido, preciso, aunque no lo hagas muy elegantemente, por esa vaina fue que te cogieron la otra vez fuera de lugar, la payasería, el exhibicionismo, no todos pueden ser un Alí, ¿te acuerdas?, tuviste que agarrarte y todavía no has aprendido bien a golpear en el *clinch*, a amarrar al contrario, a maniatarlo; tienes que recordar que en el *clinch* vale mucho la viveza, la habilidad para meter dos o cinco golpes a los lados, un codazo y de repente un cabezazo saliendo; ese saco te mentó la madre, pégale fuerte, venga la afrenta, ese saco se acostó anoche con tu mujer, así, fuerte, a matarlo, es tu adversario, tu enemigo, es tu vida o la suya; mira como te mira, ahí viene, pásalo, vuélvelo a pasar, espéralo, pulverízalo, frénalo con la izquierda y remátalo con la derecha, ese saco te odia, habla de ti por la espalda, ¡cobarde, cobarde!, ¿es que no oyes como te grita?, no se lo perdone, así, tápale la boca, así, más fuerte, más fuerte, con más velocidad, sacocoñoemadre, te hace trampa, te da con los codos, pégale duro, tienes que pegarle, que callarle la boca, le dijo a la prensa que te iba a humillar, que te tumbaba en el quinto, salte, dale, pégale, humíllalo, desplázate, éntrale, duro a las costillas, fractúraselas, que coja escarmiento, que no hable más, que no te vuelva a humillar, a tumbar, así, por la cara, el saco te odia, te escupe, se ríe, míralo como se ríe, en tu propia cara, sácale los dientes, así,

ya le sacaste sangre, martíllalo ahí, sobre la herida, sin clemencia, que se te rompan los guantes, que te estallen los pulmones, mens sana, que te duela el alma, in corpore sano, pero enséñalo a respetarte, que eres el único, el mejor, el, el, el... está bien, déjalo, mañana nos vemos

*le decía a Delio minutos antes de la pelea que este combate iba a ser cuesta arriba para, otra izquierda del venezolano, otra izquierda, otra, otra, otra, señores, qué bárbaro tremendo derechazo, señores, es un bárbaro, pero Carlitos, ¿te estás dando cuenta?, otra izquierda, es un señor del ring, un maestro del cuadrilátero, otra derecha, otra derecha del campeón, otra derecha en recto del campeón, señores, lo que está dando el venezolano es una verdadera clase de boxeo, un recital, señores, le prometió al Presidente que iba a noquear antes del sexto y parece que va a cumplir, al japonés le están dando y no son consejos, venga al mundo baby blue*

flotando, vas trotando por la avenida, el sudor te humedece los párpados, azoga la ciudad, flotando, vas trotando por la avenida, ahí va el campeón se admira la gente, flotando, vas trotando por la avenida, pasan los carros con sus ruidos y sus humos, sus chóferes y sus cornetas, flotando, vas trotando por la avenida, los niños halan a sus padres para que te vean, flotando, vas trotando por la avenida, la mañana fresca fricciona tus piernas, flotando, vas trotando por la avenida, eres la gloria nacional, flotando, vas trotando por la avenida, las muchachas voltean y se quedan mirándote hasta que te pierdes, flotando, vas trotando por la avenida, los jóvenes admiran tus fibras atléticas, flotando, vas

trotando por la avenida, los kilómetros van sucumbiendo a tu paso, flotando, vas trotando por la avenida, los árboles huyen en sentido contrario, flotando, vas trotando por la avenida, el sol se va asomando y persigue tus pies, flotando, vas trotando por la avenida, los vigilantes detienen el tránsito para que puedas pasar, flotando, vas trotando por la avenida, tus botas rebotan al tocar el asfalto, flotando, vas trotando por la avenida, los postes inclinan sus sombras ante tu sombra invicta, flotando, vas trotando por la avenida, la ciudad va entrando en un enorme espejo, flotando, vas trotando por la avenida, la brisa del alba te saluda y aúpa, flotando, vas trotando por la, vas trotando por, vas trotando, vas, va,v,...

*Miguel estará mañana en California para transmitirles todas las incidencias de la pelea por el título de los gallos directo, vía satélite, ¿qué me decías tú, Hermán? claro, por supuesto que estaremos en la corrida de la prensa, suena la campana, 5.º round, ahorrarse en el BND es benedistinto, por supuesto, guerra avisada no mata soldado, de tal palo tal astilla, en boca cerrada no entra mosca, para bachaco chivo y para chivo empalizada, ¿vas a seguir con ese calamar?, caen al clinch, el árbitro los separa y les dice que peleen, Gonzalo*

Neón

Se encienden las luces de la ciudad

Se hace la luz en la ciudad-neón

La Catedral dobla las seis de la tarde.

Van los obreros mirando por las ventanillas de los autobuses. Los empleados públicos, por las aceras, se

acomodan la corbata, mueven la cabeza, chaf, chaf. Las muchachas salieron del liceo, se bañaron, se cambiaron y con el pelo húmedo y la cara fresca, sin pintura, salieron para la heladería, nuevecitas, mirando hacia las esquinas para ver si el pavo ya está allí. Unas viejas regresan del supermercado y otras de la misa. La Plaza Bolívar es un carajazo de nostalgia a plena cara. Las esquinas de la Avenida Baralt ya fueron tomadas por las caminadoras y las otras, la competencia. El Silencio es un mercado sin silencio, se vende desde sacacallos hasta pistolas de alta potencia made in Bélgica y las torres y el sor sai six. . . Los desempleados, reclutas y cebollitas caen sobre la placita Diego Ibarra. Los gallegos leen el vespertino. De dos en dos, las secretarias caminan calle abajo, un dos, un dos, indiferentes y coquetas, serias y sonreídas, así son ellas. Unos malandros, recelosos y mosca, comen pinchos con rapidez. Los limpiabotas pulen, pulen. A la penumbra del bar entran las chicas, entregan al barman sus carteras y piden su diario. Allá, el neón también ilumina una enorme valla y de paso, unas pepitonas que se come un borracho debajo del letrero que dice:

PROMOCIONES INTERNACIONALES  
 PRESENTA  
 LA PELEA POR EL TÍTULO MUNDIAL  
 ENTRE  
 0,0 Vs. 0,0

etc., la gente pasa por debajo de la valla, se detiene, lee el aviso y opina:

—Del quinto no le pasa, es un atraco.

—Con ese *punch* y el asiático ese que no pega ni estampillas, van cien.

—Una sola ha perdido en su carrera y por decisión dividida; hubo trampa.

—No olviden que el otro dijo que del séptimo no le pasaba.

—«Vamos a esperar», dijo el mismo campeón por la radio.

—Una vaina piensa el burro y otra el que arriba lo arrea.

—Bueno, sí, hay que esperar pero yo voy al retador; cien contra cincuenta.

*con petsoden, otra derecha del venezolano, otra derecha, ese hombre se va a caer, está ido el retador, se crece el venezolano, señores, ¡coño, mayor derechazo!, perdonen ustedes amigos de todo el país, pero comprendan nuestra emoción al ver crecido a un compatriota, otra izquierda, gajes del oficio, perdonen, Rigoberto, ¿nada?, pensé que querías hacer un comentario*

Cien contra cincuenta. Cuatro a uno. Doy tres round. Llama a Miami y di que acepten la apuesta. Todo está transado. La clave es: «Adiós, C..., chao». Para Las Vegas es lo contrario. Diles: «Se quebró la taza». Si hombre, puedes decirle que dé hasta tres round, que dé la ventaja que quiera pero sin exagerar, por supuesto, que los otros no son pendejos, que se haga el duro, que apriete, hasta que le ponga el bozal al perro. Eso: tres a uno. Llama el compañero de Radio K., ¿aló?, ajá, este bicho como que está intervenido, que llames al compañero de Radio K, dile que el retador se siente un poco débil, que tuvo que rebajar mucho a última hora para hacer el peso, que pase la información varias veces al día. Y entonces, aprieta.



los locutores y los cronistas unen sus manos al puño, le imprimen más fuerza y lo dejan caer sobre ti. No puedes con tanta gente. La noche se abre en dos y descubres lo que hay más allá de la noche: el abismo: empieza la danza: una música pesada y sorda la acompaña, giras por todo el ring, te detienes, vas contra las sogas, las cuerdas te devuelven al centro, rebotas de esquina en esquina como un muñeco, rebotas, buscas pisar firme pero se abren baches en la lona, sacas los pies, se te vuelven a hundir, ves hacia tu esquina en procura de ayuda pero chocas con la risa de tus *seconds*, rebotas, el puño está fijo, ya no se mueve, tú lo buscas desesperadamente, quieres que te golpee, ninguna de las manos del público lo mueve, lo mantienen firme, quieren prolongar la danza, eternamente y tú lo buscas y no lo encuentras, rebotas. Lo miro, le ruego que no se quede allí, que me golpee, danzo, giro, reboto, voy hacia el puño pero no lo encuentro, la música sorda, como si saliera de una orquesta de puros bajos, ampulosa, concentrando todas sus ondas sobre mis tímpanos, sobre mi cabeza, ¿cuál cabeza? ¡Dios mío, no tengo cabeza! Gira solo mi cuerpo, sin orden, sin concierto, no, sigue los compases de esa música, doy pasos grotescamente perfectos, sin cabeza, por un lado están las ojos, arrinconados en una esquina, enrojecidos; mi boca en el suelo, pisoteada, hinchada; la nariz entre las manos del público que la aplasta dando palmas, aplausos sordos, y sobre mi pescuezo solamente las orejas por donde entra la música y le da orden a mis piernas, danzo, danzo. Desde la Catedral revientan las campanas, un solo campanazo, altisonante, seco, puedo medio abrir los ojos, cae sobre mí una furia de relámpagos, me encandilan, me aterran, no puedo apartarlos, me entran por todos los nervios, ya la música cesó, el silencio, estalla en mis

tímpanos, los relámpagos, los muchachos de la prensa, decenas de cámaras apuntándome para retratar mi ridículo y venderlo, me van a matar, me sueño corriendo solo por la avenida pateando perolitos, adiós mi vida, la muchacha árabe, qué haces tú por aquí negrito, el policía, voy para el puerto eñó, mens sana in corpore sano, el entrenador, me sueño corriendo, flotando, intento levantarme de la lona para huir de allí pero vuelvo a caer, me arrastro, gateo, ruedo, me voy convirtiendo en lona, la lona va absorbiendo mi cuerpo, los asientos van absorbiendo a los espectadores, los micrófonos van absorbiendo a los locutores, las sogas van absorbiendo a los *seconds* y el ring va quedando vacío, vacío pero no, allá, en aquellos asientos, borrosos, bajo una bombilla, veo a los cuatro señores panzudos, elegantes, fumando habanos, sonreídos, repartiéndose billetes, muchos billetes se reparten, me reparten entre ellos, para ti un abrazo para ti una mano y se ríen y se ríen, coño.





## ÍNDICE

Prólogo	I
La rebelión de las llaves	3
Caregato	17
La muerte del tiempo	27
Fiesta de luces negras	37
Las historias ajenas que me suceden	51
Detrás de cada puerta el silencio	63
Los muñecos extranjeros	79
El hueco del hexaedro	91
Cerote	105
Sábado que nunca llega	113
Nadie tiró la toalla	125



BIBLIOTECA

# Earle Herrera

## SÁBADO QUE NUNCA LLEGA

Venezuela entera conoce la trayectoria de Earle Herrera. Un inquisitivo ciudadano movido y tocado por lo que acontece a su alrededor. Hombre de este tiempo y a quien «Nada humano le es ajeno». Y esta frase tan escuchada y repetida podemos verla cumplirse línea a línea a lo largo de su obra, y sobre todo, en las páginas de *Sábado que nunca llega*, conjunto de relatos inicialmente publicados en 1980 y que ahora, Monte Ávila Editores vuelve a poner al alcance del público lector.

Con un lenguaje ágil, directo (precisa coloquialidad no exenta de belleza), el autor construye o talla microuniversos, espacios cerrados o abiertos pero en cualquier caso sofocantes, en los que los personajes que los habitan (los hambrientos, los comunes, los olvidados, los anónimos, los que a nadie interesan) parecen estar o ir deshaciéndose, abandonando fatalmente: «su vida invivible como un hilo frágil que duele en todos los nervios». Queda aquí la narración, la historia contada, observada o imaginada, metafórica y eternizada. Relatos que no envejecen porque su sustento es la vida.

## EARLE HERRERA

(San José de Guanipa, estado Anzoátegui, 1949). Licenciado en Comunicación Social de la UCV, casa de estudios en la que se desempeñó como profesor, investigador y subdirector de la escuela de donde egresó. Doctor en Ciencias de la Información, mención Cum Laude, Universidad de La Laguna, España. Cuatro veces se ha hecho acreedor del Premio Nacional de Periodismo. Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal (Poesía) y Premio Conac de Narrativa. Locutor, cronista, articulista de opinión, diputado, periodista, poeta, narrador, ensayista. Por su trayectoria académica en la docencia, extensión e investigación, la UCV lo distinguió con la Orden José María Vargas en primera clase. Ha sido diputado a la Asamblea Nacional y a la Asamblea Nacional Constituyente.



Gobierno Bolivariano  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura